

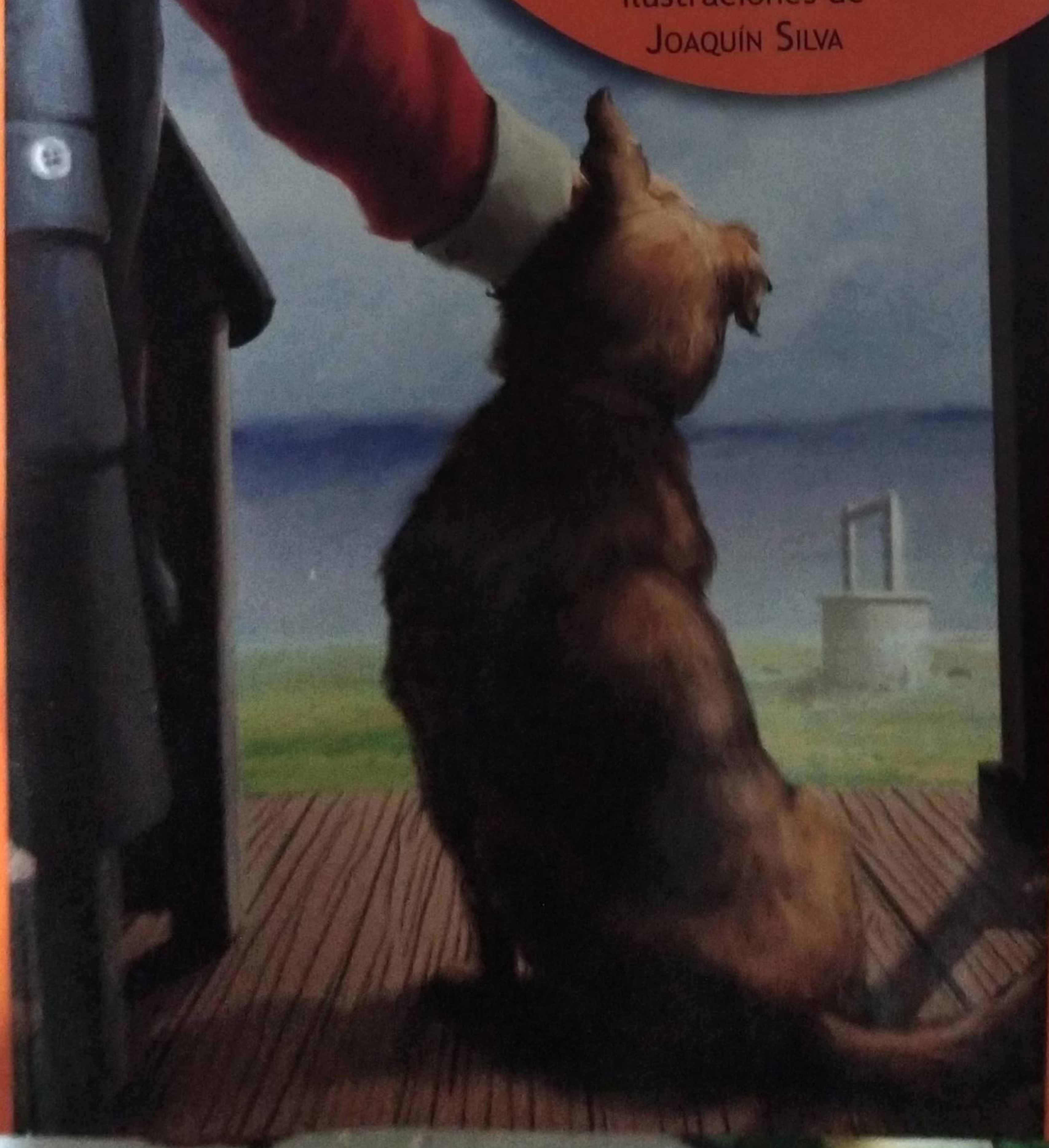


azulejos

HERNÁN GALDAMES

# El mejor amigo de Manuel

Ilustraciones de  
JOAQUÍN SILVA





# El mejor amigo de Manuel

Hernán Galdames

ILUSTRACIONES  
DE JOAQUÍN SILVA



Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría  
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano  
Corrector: Mariano Sanz  
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto  
Diagramación: Laura Barrios

Galdames, Hernán

El mejor amigo de Manuel / Hernán Galdames ; ilustrado por Joaquín Silva. - 1a ed.  
- Boulogne : Estrada, 2019.

112 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Naranja ;70)

ISBN 978-950-01-2482-9

1. Literatura Infantil. 2. Libro para Niños. I. Silva, Joaquín, illus. II. Título.  
CDD 808.899282



**COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA**

**70**

© Editorial Estrada S. A., 2020.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2482-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



**El autor  
y la obra**





HERNÁN GALDAMES nació en San Fernando, provincia de Buenos Aires, en 1962.

Se recibió de Licenciado en Publicidad y sus primeros trabajos como redactor fueron los textos de los álbumes de figuritas *Frutillitas* y *Ositos Cariñosos* de

la empresa Cromy a finales de los años ochenta. Continuó trabajando en esa empresa, dirigiendo el departamento de arte y escribiendo los textos de todos los productos. Luego abrió su propio estudio de diseño y, entre otros trabajos, escribió guiones de cómics y creó personajes para la empresa brasileña Editora Abril.

En el año 2000 empezó a escribir ficción para adultos y ganó varios premios con sus cuentos. En 2013 escribió su primer libro infantil, *Desastre en el supermercado*. En 2015 obtuvo el Premio Barco de Vapor con su novela *Cartoneros al espacio* y en 2018 el Premio Destacados de Alija por su libro de cuentos *Panic Attack*.

En Editorial Estrada participó con el cuento "Una final escalofriante" en el libro *Cuentos futboleros para chicas y chicos* de la colección "Azulejos".

Pueden seguir sus novedades a través de su blog:

<http://hernangaldameslij.blogspot.com/>

## La novela histórica

Desde tiempos inmemoriales la literatura ha contado historias. A través de la narración ficcional de hechos y acciones, han llegado hasta nosotros cuentos, fábulas, leyendas, mitos y novelas. Sin embargo, algunos textos literarios a veces registran e incorporan hechos históricos reales en sus relatos, sin dejar de lado hechos inventados o imaginados por el autor.

Es el caso de la novela histórica, un subgénero narrativo que nos cuenta un relato de ficción ambientado en una época precisa y en la que personajes históricos o sucesos reales intervienen en la trama. Así, por ejemplo, en esta novela el protagonista interactúa con Manuel Belgrano y está presente en el momento de la creación de la bandera. Los sucesos narrados no son reales, pero podrían haberlo sido, ya que ninguno de los datos históricos que se mencionan contradice lo registrado de manera oficial.

Este tipo de novelas exige a su autor una gran investigación y documentación acerca de los hechos, las costumbres y el estilo de vida de la época en la que se desarrolla el argumento, para que el texto resulte creíble a los lectores. A veces, involuntariamente, el autor puede caer en anacronismos al incluir detalles, elementos o conductas que no son propias de ese tiempo.



La novela histórica permite al lector conocer una época pasada mientras disfruta de una narración literaria, pero además le sirve de marco para contrastar con la actualidad. A veces, al comparar el tiempo pasado con el presente, descubrimos aspectos de nuestra realidad que de otro modo no veríamos o no valoraríamos de la misma manera.

## El mejor amigo de Manuel



# Prólogo

Esta historia me la contó mi padre; y a él, mi abuelo; y a mi abuelo se la transmitió mi bisabuelo, y así de generación en generación desde la época de la colonia.

Aquel tatarra tatarra y no sé cuántos tataras más abuelo, parece que fue el mejor amigo de Manuel Belgrano, creador de nuestra bandera.

Hay mucho misterio alrededor de la creación de la bandera, no porque alguien haya tenido ganas de crear una historia de intriga, sino porque en aquel tiempo no existían los celulares, ni las cámaras de fotos ni las redes sociales en donde hoy en día enseguida se pueden subir imágenes de cualquier acontecimiento importante.

En aquellos años, las noticias corrían muy lentamente, a pesar de que quienes las llevaban corrían como locos encima de sus caballos para llegar lo antes posible. Un mensajero encargado de transmitir la nueva de que se había izado por primera vez la bandera a orillas del río Paraná tardaba más o menos siete días en recorrer la distancia que hay



desde Rosario hasta Buenos Aires. Eso si no lo atacaban los indios, si el caballo no se le espantaba por alguna serpiente o si no lo agarraba una de esas tormentas que hacían de los caminos un lodazal intransitable. También podía pasar que el mensajero se enamorara de una chinita en alguna de las postas donde paraba a estirar las piernas y que se olvidara de la misión que tenía que cumplir y se pasara las tardes en los campos vecinos deshojando margaritas para saber si lo querían o no lo querían.

Bueno, la cuestión es que hoy no se sabe con exactitud por qué nuestra bandera es celeste y blanca ni cómo fue aquel primer diseño, si con dos o tres franjas, verticales u horizontales.

Pero, por suerte, mi antiguo antepasado parece que fue testigo de ese momento y contó a su hijo lo que había visto y este se lo transmitió a su descendencia y la historia fue pasando de padres a hijos durante casi doscientos años.

Llevo la voz de mi recontratátara abuelo grabada en la memoria desde que mi padre me narró su epopeya una mañana de octubre a orillas del Riachuelo, y voy a tratar de reproducirla lo más fielmente que pueda.

Imaginen aquella escena: mi recontratátara abuelo ya viejo, con muchos atardeceres y más de una pulga sobre su



lomo cansado, echado sobre el pasto a orillas del Riachuelo  
(cristalino en aquel tiempo) que llama a su hijo y le empieza  
a contar la historia...





# 1. La primera invasión inglesa

Hijo, dejá de corretear a esas pobres perdices y vení para acá que tengo que contarte algo. Escuchá muy bien lo que te voy a decir porque esto no es cuento, lo viví yo de primera pata. Memorizá todo lo que te diga y cuando tengas mi edad, contale la misma historia a tu hijo y que él haga lo mismo con el suyo. ¿Entendiste?

Bueno, a Manuel Belgrano lo conocí durante las invasiones inglesas, cuando yo era todavía medio cachorrón. Una tarde llegaron unos barcos a la costa no muy lejos de acá y bajó una montonera de soldados ingleses. Venían acompañados por unos perros muy raros, algunos de patas largas, otros paticortos, orejudos unos, orejas puntiagudas otros, grandes, chicos, pelos largos y extraños peinados. Nunca habíamos visto nada igual.

Acá, cerca del Riachuelo, ya sabés que somos todos parientes y parecidos: ni muy grandes ni muy chicos, pelo corto, color indefinido, medio marroncito, tirando a gris, algunos con manchas nada elegantes y, muy de vez en cuando,



alguno con el pelo un poco más largo, producto de algún extranjero entrometido que tarde o temprano corremos del barrio. Pero todo esto no importa. La cuestión es que, alertado por la invasión inglesa, enseguida apareció el capitán Belgrano con sus hombres y yo me le acerqué para decirle que contara conmigo para lo que necesitara y de paso para ver si me tiraba algún hueso. La primera reacción del capitán fue una patada en mi trasero, pero como los de nuestra especie somos insistentes y no nos amedrentamos por una patadita, lo seguí toda la tarde, a una distancia prudencial, un poquito más allá del alcance de sus botas, y por perseverante creo que me gané su afecto. El capitán, después de la cena, me tiró la sobra de un costillar que paseé en mi boca como trofeo un buen rato antes de destruirlo con mis dientes y tragarme hasta la última astillita.

Al día siguiente nos atacaron los ingleses. Esos diablos colorados tenían cañones que lanzaban fuego y destrucción por todos lados así que no pudimos hacer otra cosa que emprender la retirada. Yo me quedé pegadito al capitán que ya se había acostumbrado a mi presencia. Buenos Aires cayó en manos enemigas. Y como estaban envalentonados pretendían que todas las autoridades prestasen juramento de lealtad al rey británico. Así lo hicieron todos menos Manuel.



creo que por mi consejo. En un momento en que salió del fuerte le ladré:

—Vámonos de acá, Manuel, no le vas a jurar obediencia a ese extranjero.

Y se ve que me escuchó, porque después de mis ladridos fue a buscar sus cosas y partimos a caballo hacia la Capilla de Mercedes en la Banda Oriental. Bueno, a decir verdad, fue él quien salió a caballo a todo galope. Yo lo corrí por detrás y casi muero en el intento. La cuestión es que llegamos a una posta y Manuel tuvo que asistirme porque yo tenía la lengua tan afuera que me arrastraba por el piso y terminé tragando tierra.

Esa vez el capitán se portó como lo que era: un gran hombre. Me levantó en brazos (yo me había desplomado junto al palenque), me llevó hasta un aljibe, me mojó la cabeza y me ayudó a tomar agua.

Por suerte el resto del viaje lo hicimos en una sopanda, esas carretas cerradas tiradas por varios caballos que usa la gente con plata. A mí me mandó arriba con el conductor y la verdad que era una gloria viajar como los ricos viendo pasar el paisaje sin necesidad de mover un solo músculo.

Cruzamos un río muy ancho y después de andar bastante llegamos a la Capilla de Mercedes en la Banda Oriental.



Nos recibieron muy bien y fue ahí donde Manuel repitió, refiriéndose a la invasión: "Queremos al antiguo amo o a ninguno". Y yo pensé para mí: "Yo quiero a este nuevo amo o a ninguno".



## 2. La reconquista

Ya instalados en la capilla, después de algunas reuniones que Manuel tuvo con gente importante de la Banda Oriental, salimos a dar un paseo antes del atardecer y mantuvimos una larga conversación acerca del futuro del Virreinato del Río de la Plata.

Mientras caminábamos y Manuel me tiraba un palito que yo iba a buscar como un tonto para darle el gusto, me empezó a decir que urgente teníamos que echar a los ingleses invasores, pero que no podíamos hacer lo mismo con los españoles porque nos aplastarían, que debíamos promover el diálogo, buscar el momento oportuno, ir avanzando de a poco hacia nuestra independencia. Yo opinaba que había que ser drástico, y se lo decía ladrando fuerte y claro, que había que echar a patadas a todos los extranjeros y poner un rey indígena, alguien de estas tierras, que así hacíamos nosotros los canes: cuando aparecía algún perro que no era del barrio le mordíamos los talones y lo sacábamos corriendo.



Pasaron algunas semanas y nos llegaron noticias de que la gente de Buenos Aires se había organizado, que desde Tucumán habían mandado refuerzos a las órdenes de Salvador Alberdi, que Juan Martín de Pueyrredón había aportado su caballería y que el comandante Santiago de Liniers había partido desde Montevideo con 23 naves llenas de soldados hacia Buenos Aires. El resultado de toda esa ofensiva fue la rendición de los ingleses. Pero la paz no duraría mucho porque las naves invasoras habían quedado en las afueras del Río de la Plata bloqueando nuestro puerto, el de Colonia y el de Montevideo a la espera de refuerzos para volver a invadirnos.



### 3. La segunda invasión inglesa

Una mañana, yo andaba persiguiendo un rastro desconocido en las inmediaciones de la capilla cuando escuché la voz de Manuel que me llamaba a los gritos. Dejé el importante asunto que me ocupaba y salí corriendo a ver qué quería. Me dijo que volvíamos a Buenos Aires.

Cuando llegamos, Buenos Aires era una fiesta. Estaban todos muy orgullosos de haber vencido a los británicos. Pero la segunda invasión era inminente. Así que se estaban organizando las milicias y los ejércitos para defender nuevamente a nuestra ciudad. Lo dejé a Belgrano en sus asuntos y me fui corriendo a mis pagos a ver cómo habían andado las cosas a orillas del Riachuelo.

Mis parientes se sorprendieron al verme, me habían dado por muerto. En medio de la algarabía, los olisqueos, gruñidos y mordiscones de recibimiento identifiqué un olor extranjero. Me puse alerta. Se me pararon los pelos del lomo y puse en funcionamiento mi nariz a máxima potencia. Identifiqué un rastro. Pegué el hocico al suelo y fui avanzando entre malezas y

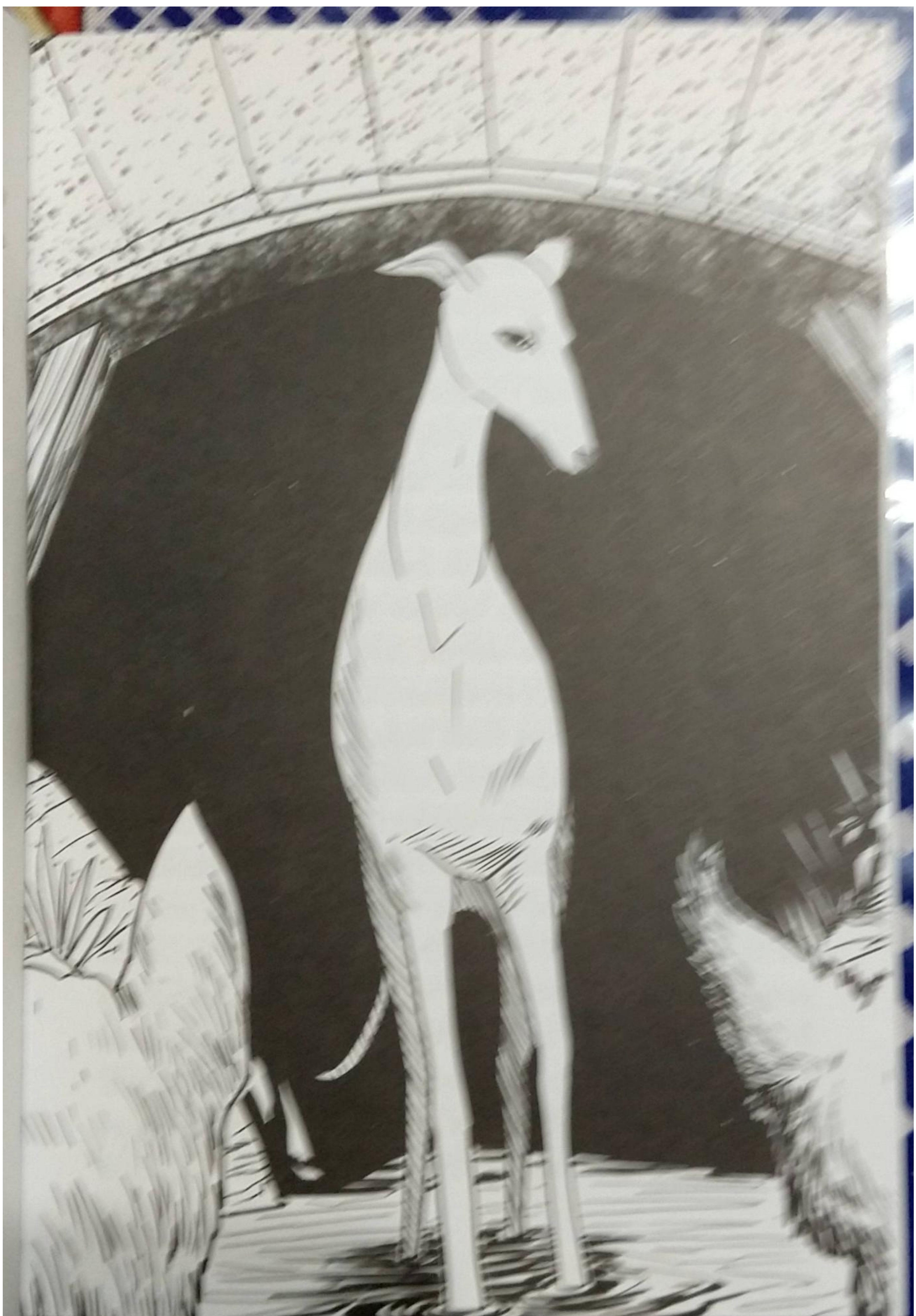


hormigueros. El aroma misterioso me llevó hasta debajo de un puentecito y allí, entre unos pastizales encontré al intruso. Nos pusimos en guardia y lo rodeamos mostrándole los dientes. De a poco, muy asustado fue saliendo de su escondite. Si bien su olor era foráneo, no por eso era desagradable. Hasta diría que había algo en él que me resultaba muy excitante. Cuando el intruso quedó al descubierto enseguida entendí por qué. No era un perro sino una perrita. Muy rara, flaca, alta, con un hocico muy aguzado y ojos chispeantes. Estoy seguro de que si hubiera empezado a correr ninguno de nosotros hubiese podido alcanzarla. Era muy atlética. Le pregunté de dónde había salido y me respondió que se la habían olvidado los ingleses en su retirada, que estaba perdida y muerta de hambre. Algunos querían tirarla al Riachuelo, pero yo dije que así no se trata a los enemigos, que yo mismo me encargaría de custodiarla.

Me explicó que ella era una perra de raza Galgo. Que si bien eran muy buenos cazadores y ágiles corredores, algunos ingleses los tenían como perros de compañía.

Le di de comer y pasamos toda la tarde paseando por la ciudad. Esa noche se la presenté a Manuel, quien le hizo una caricia en el lomo y le dijo en inglés algo así como "sit" y la perra automáticamente se sentó. Me puso contento saber que ellos dos se iban a entender muy bien.







Belgrano se incorporó al regimiento de Patricios como sargento mayor a las órdenes de Cornelio Saavedra. Los días que siguieron fueron de movimientos de tropas, de organización de barricadas y planeamiento de estrategias militares. La invasión inglesa sucedería en cualquier momento.

Yo, no sé por qué, no fui muy consciente de todo lo que estaba pasando a mi alrededor, como que esos días los pasé flotando entre nubes y deshojando margaritas. Cony, así se llamaba la perrita inglesa, y yo anduvimos de aquí para allá correteando por el campo, cazando liebres, haciendo carreras de velocidad (que yo siempre perdía) y mirando agradables atardeceres tirados en el pasto a orillas del Riachuelo.

Una tarde, cuando ya había llegado la noticia de que la armada británica se acercaba a nuestras costas con diez mil hombres dirigidos por el comandante John Whitelocke, Cony me dijo que quería decirme algo muy importante. Pensé que tal vez quería formalizar nuestra relación o algo así, pero no, me explicó que me quería mucho, que conmigo lo pasaba genial, pero que extrañaba su hogar, que si me animaba a ayudarla a subir a un barco inglés cuando llegaran a nuestra costa. Debí habérmelo imaginado, una perrita tan aristocrática como ella qué podía hacer junto a un mestizo vagabundo como yo que dormía a la intemperie y al que le gustaba



cazar cuises en las márgenes del Riachuelo. Le dije que sí, que la ayudaría, pero le oculté que mi corazón se acababa de partir en dos pedazos y que sería muy difícil repararlo.

Los ingleses llegaron a la costa y avanzaron hacia Buenos Aires. Manuel y sus hombres presentaron batalla. Todos los pobladores lucharon contra ellos. Mientras, en medio de ese batifondo de disparos, explosiones y cañonazos, Cony y yo nos escabullimos hacia la costa de Ensenada, lugar en el que había desembarcado la armada británica. Los barcos estaban fondeados a una buena distancia de la costa. La única posibilidad era nadar hasta ellos.

Era invierno, hacía frío y el agua estaba helada. Igual nos metimos y empezamos a patalear. Pobre Cony, estaba azul del frío. En todo momento la animé a que siguiera, aunque en lo más hondo de mi corazón hubiese deseado que desistiese y volviera conmigo. ¿Pero de qué serviría retenerla cuando ella extrañaba tanto su hogar? Yo la quería más que a nada en el mundo y solo le deseaba lo mejor. Llegamos a un barco y la dificultad ahora era subir.

—Empezá a ladrar en inglés —le dije—, alguien te va a escuchar y te va a rescatar.

Y así fue, un marinero oyó los ladridos, la vio y bajó por una escalera de sogas para subirla al barco. Yo me escondí



para que no me viera. El frío me estaba matando, no sentía las patas, mis pulgas ya habían muerto de hipotermia hacía rato, no podía quedarme ahí mucho más, así que empecé a nadar hacia la costa. De repente escuché un ladrido lastimero, me di vuelta y la vi a Cony sobre la cubierta del barco, chorreando agua y temblando como una hoja, que me miraba desconsolada. La saludé con una inclinación de mi cabeza y seguí nadando. Ese día aprendí que existen los amores imposibles.

Mis parientes me encontraron tiritando a orillas del Riachuelo, acurrucado y al borde de la muerte. Entre todos me dieron calor, me alimentaron, me levantaron el ánimo y me cuidaron por un par de días. Ya repuesto volví a Buenos Aires y encontré todo deshecho, había rastros de cañonazos, barricadas convertidas en cenizas y agujeros de balas en las paredes de las casas. Pero la gente festejaba, la ciudad había podido defenderse y los ingleses se habían rendido. Buenos Aires seguía siendo nuestra. O mejor dicho de los españoles.

¿No era hora de que eso cambiara de una vez?



## 4. Hacia la independencia

El sentimiento que predominaba entre los criollos un año después de las invasiones inglesas era el siguiente: “Nosotros fuimos quienes defendimos a la ciudad, el virrey Cisneros durante la primera invasión no supo qué hacer y escapó cobardemente con el tesoro del virreinato hacia Córdoba. ¿Por qué responder a un rey de un país lejano que fue invadido por los franceses y está a punto de perderlo todo? Solitos pudimos organizarnos para la defensa, ¿por qué no vamos a poder gobernarnos a nosotros mismos?”.

Durante los dos o tres años que siguieron a las invasiones inglesas, Manuel desaparecía al atardecer y nadie sabía dónde andaba. Regresaba muy tarde y siempre sin hacer ruido. Una noche en que yo volvía de una visita a mis parientes del Riachuelo me lo crucé en una de sus incursiones nocturnas. Él no me vio. Andaba muy sigiloso escondiéndose entre las sombras y mirando para todos lados. Decidí seguirlo. Tal vez estaba en problemas y podía necesitar mi ayuda. Caminó un buen rato hacia el oeste hasta que se



metió en un edificio. Me acerqué para ver qué era ese lugar y descubrí que se trataba de una jabonería, la Jabonería de Vieytes. Merodeé por los alrededores para ver si podía entrar o si acechaba algún peligro, pero nada, todo normal, ningún olor extraño, a no ser por el penetrante perfume a jabón. Levanté una oreja y presté atención, se escuchaba mucha gente hablando en el interior, pero no llegaba a entender lo que decían. Por las dudas, decidí montar guardia en la puerta hasta que saliera. Debo haberme quedado dormido porque no me di cuenta cuando alguien me agarró del cuello y me levantó en el aire.

—¿Qué hacés acá? —me dijo Manuel mostrando los dientes.

Yo no podía responder porque su mano me apretaba la garganta y el ladrido se me había atragantado. Simplemente bajé los ojos y metí el rabo entre las patas.

—Nadie tiene que saber que yo estoy acá. Estas reuniones son supersecretas. Estamos definiendo el futuro de Buenos Aires y del Virreinato del Río de la Plata. Todos saben que sos mi perro y si te ven acá dormido en la puerta de esta jabonería es obvio que estás esperando a tu dueño.

Tuve que poner mi mejor cara de perrito adorable y obediente. Creo que le di un poco de lástima porque dejó de ahorcarme y me hizo una caricia en la cabeza.



—Vamos, vamos —me dijo, y empezamos a caminar hacia el río—. Si nos llega a ver algún soldado realista a estas horas de la noche va a resultar muy sospechoso —dijo entre dientes.

No terminó de decir esto cuando por una lateral apareció una guardia real. Cuatro soldados se nos acercaron mirándonos de arriba abajo.

—Buenas noches, señor —nos dijo uno de ellos—. Puedo preguntarle ¿qué está haciendo por acá a estas horas de la noche?

Belgrano tragó saliva y se tomó un segundo para pensar su respuesta. Entonces yo empecé a ladrar y a hacerme el ansioso por seguir paseando.

—Como puede ver, oficial, paseo a mi perro —respondió Manuel—. Si no lo saco a dar su vuelta de todas las noches se pone insoportable.

—¿Tan tarde suele pasear a su mascota?

—Las tareas del consulado consumen todo mi tiempo y el único momento libre que tengo para hacerlo es este.

—Que tenga una buena noche, señor.

—Lo mismo para ustedes, oficiales.

Seguimos caminando. Después de andar unas cuadras, Manuel se agachó y agarrándome las orejas me dijo:



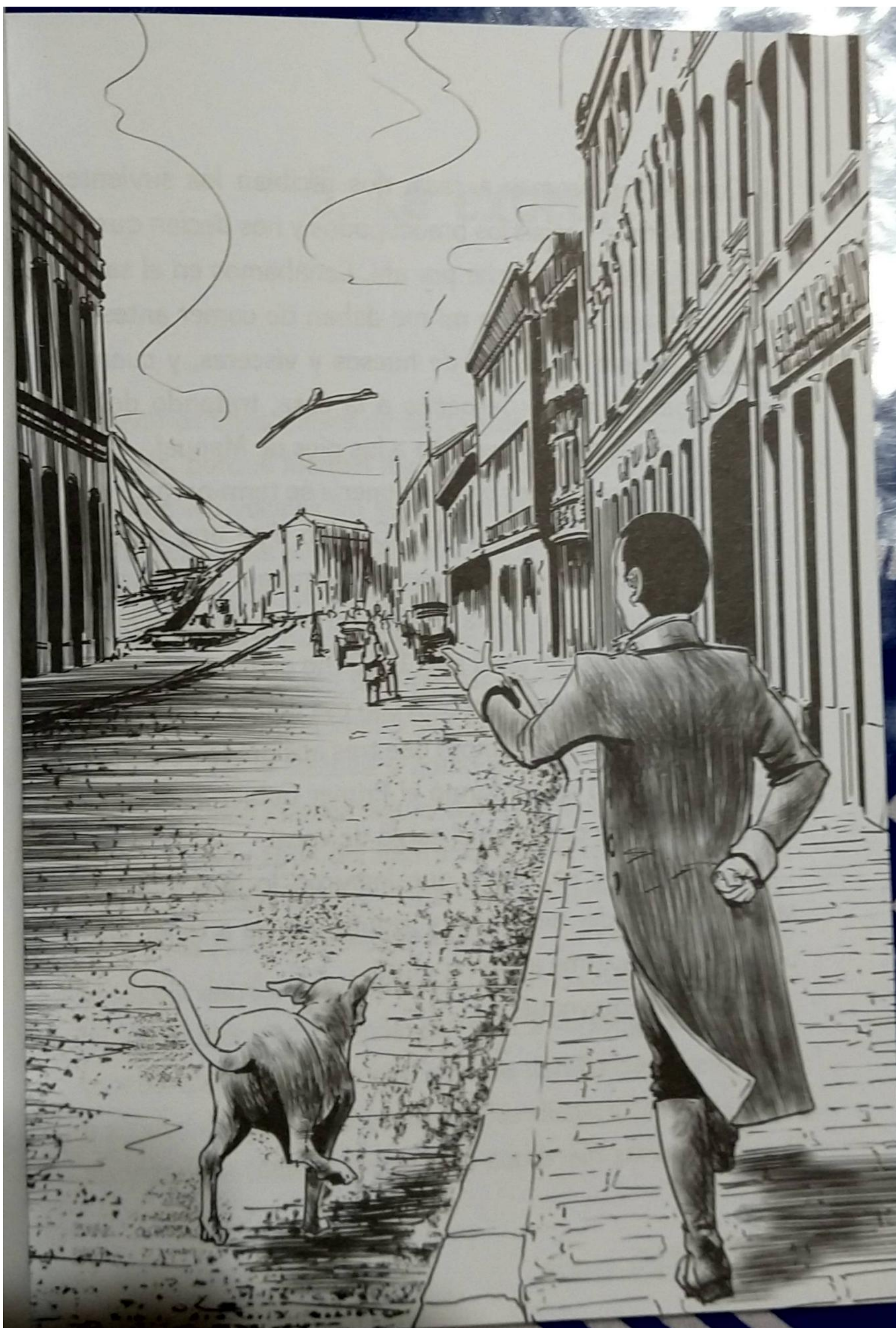
—Suerte que estabas conmigo compañero, sino no sé qué excusa les hubiera metido a esos soldados.

A partir de esa noche, me llevó a todas las reuniones en la jabonería de Vieytes y mientras los patriotas discutían acaloradamente el destino de nuestra patria, yo dormía plácidamente a los pies de Manuel.

Algunas veces salíamos de nuestra casa un poco más temprano y antes de ir a la jabonería caminábamos hasta el puerto y después nos dejábamos llevar por la soledad del río que nos invitaba a caminar a lo largo de la costa esquivando charcos, juncas y árboles caídos. Cuando Manuel encontraba algún tronco de los que traía la marea que podía servirle de asiento, nos deteníamos y empezaba a comentarme la idea de conformar un gobierno local, las discusiones y peleas que se daban en la jabonería, y los distintos planes para lograr la independencia.

Yo trataba de que se olvidara un poco de tantos problemas así que buscaba algún palo que hubiera por ahí y lo llevaba en mi boca hasta donde él estaba y se lo tiraba a sus pies. Él sonreía, y me lanzaba el palito bien lejos. Era cansador ir y venir como un tonto, pero yo sabía que eso a él le gustaba, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para verlo sonreír.







Cuando llegábamos a casa, nos recibían los sirvientes que siempre se hacían los preocupados y nos decían que no había que andar de noche por ahí. Cenábamos en el salón, bueno, Manuel cenaba, a mí me daban de comer antes en el patio trasero mi ración de huesos y vísceras, y cuando terminaba, me metía despacito a la casa, tratando de no llamar la atención y me echaba a los pies de Manuel.

Un día, las reuniones en la jabonería se terminaron, pero empezaron las audiencias en el Cabildo. Fue una semana muy convulsionada. Manuel apenas entraba a la casa para asearse, comer algo y volvía a salir hecho un demonio hacia la plaza. Creo que fue en el año 1810 (no estoy muy seguro porque nunca me llevé muy bien con esa manía de los hombres de contabilizar el tiempo) que tras acaloradas discusiones en el Cabildo se conformó el Primer Gobierno Patrio y Manuel fue parte de él con el cargo de vocal.

Por fin, pensé yo, ahora que lograron lo que querían, Manuel va a poder descansar y seguro que va a tener más tiempo para llevarme a pasear al río.

¡Cómo me equivoqué!



## 5. La expedición al Paraguay

Tuvimos unos meses de cierta tranquilidad. Bueno, más o menos, porque Manuel iba todos los días al Cabildo y parece que los vocales no se ponían muy de acuerdo en los diferentes temas que trataban. Así que Manuel volvía hecho una fiera despotricando contra uno u otro. Por suerte, para mí, encontró en nuestros paseos la manera de calmarse y de hacerse un tiempo para pensar. Salíamos de su casa y a veces dábamos una vuelta por la plaza de la Victoria, nos metíamos en la Recova y comprábamos algo en la feria. Otros días nos íbamos siguiendo la barranca hasta la plaza de toros en la zona del Retiro. Eran paseos muy lindos, en silencio. Él caminaba adelante, a paso rápido (porque Manuel tenía la costumbre de volar en lugar de caminar) y yo lo seguía detrás, desviándome a veces cuando se me cruzaba algún olor que merecía una rápida investigación o si me topaba con algún otro can que me miraba desafiante y no me quedaba otra que mostrarle los dientes. Después, para alcanzarlo a Manuel, tenía que correr sin parar porque él



seguía caminando como llevado por el viento. Si yo hubiera nacido galgo, con esas patas largas, lo hubiera podido seguir sin agitarme tanto. Pero no me quejo, porque esos meses fueron muy felices en comparación a lo que vino después.

Un día, yo estaba jugando con uno de los sirvientes a ese juego de tironear de un trapo que él sostenía con una mano y yo con los dientes, cuando empecé a ver que Manuel iba de acá para allá, daba órdenes, juntaba papeles, hacía valijas. Solté el trapo de repente y el pobre negro cayó de cola contra el patio de tierra. Todos los que andaban por ahí se mataron de risa y algunos me felicitaron porque lo había sorprendido. Pero yo no presté atención, porque todos mis sentidos los tenía puestos en Manuel.

Sí, no había dudas, algo extraordinario estaba pasando. Merodeé por ahí olfateando aquí y allá para tratar de entender y de repente llegó un carruaje que se estacionó en la puerta de la casa. Hice guardia ante su portezuela y no me moví de ahí en toda la tarde. Al final, salió Manuel muy apurado, me pasó por arriba y se metió en la cabina. Yo lo miré con ojitos de: "¿No me vas a dejar acá?". Y, a último momento, cuando la galera casi se ponía en marcha, me hizo una seña de que subiera. No puedo explicar mi alegría, el rabo se me descontroló y parecía un molino de viento en día de sudestada.



Anduvimos un rato y llegamos al cuartel militar. Ahí me enteré de que Manuel había sido designado como comandante de una expedición al Paraguay. ¿Dónde quedaría eso, pensé? No me imaginaba lo lejos que era.

Partimos de Buenos Aires por el camino del Bajo, con una buena cantidad de hombres. Esta vez no viajamos en sopanda ni mucho que se le parezca, solo caballos y carretones donde se llevaban los suministros, armas, municiones, cañones, pólvora, etc. A los perros que acompañábamos no nos quedaba otra que caminar. Yo no era el único can que iba con este ejército, había muchos otros acostumbrados a merodear por los cuarteles en busca de comida, y cuando vieron que la tropa se movilizaba se unieron a nosotros porque sabían que donde había militares habría comida. Otros eran mascotas de algunos de los soldados que no eran más que vecinos reclutados y que tenían el deber de marchar junto a las tropas. También estaba el perro del cocinero, el del barbero, del herrero, de los que cuidaban a los animales, de los carpinteros que arreglaban los carros cuando se rompían. En esos tiempos, cuando un ejército se movilizaba era como si una pequeña ciudad se pusiera en movimiento.

La cuestión es que tuve que arreglármelas para ganarme un lugar en la manada. En medio de tantas órdenes, gritos,



corridas y demostraciones de poder por parte de los hombres, a algunos perros se les subía todo eso a la cabeza y se sentían generales de cuatro patas y trataban de imponer su autoridad sobre los otros. Eran varios los que disputaban el liderazgo y se trenzaban en riñas que las más de las veces eran solo demostraciones de "yo soy más fuerte que vos así que no te hagas el loco". Había un perro en particular que se sentía superior a los demás porque era grandote, y era la mascota del herrero. Tenía atemorizada a toda la manada porque les decía que si no hacían caso a sus órdenes el herrero los iba a marcar con esos hierros al rojo vivo con los que marcaban el ganado. Así que Yunque, ese era su nombre, y su bandita se sentían los dueños del lugar. Levantaban la pata en cada árbol para marcar el territorio y andaban haciendo esa estupidez de raspar el suelo con las patas. Se creían la gran cosa pero no eran más que una banda de imbéciles.

Yo trataba de no meterme en problemas, pero había veces que era muy difícil. A mí mucho no me molestaban porque sabían que yo era el perro del comandante.

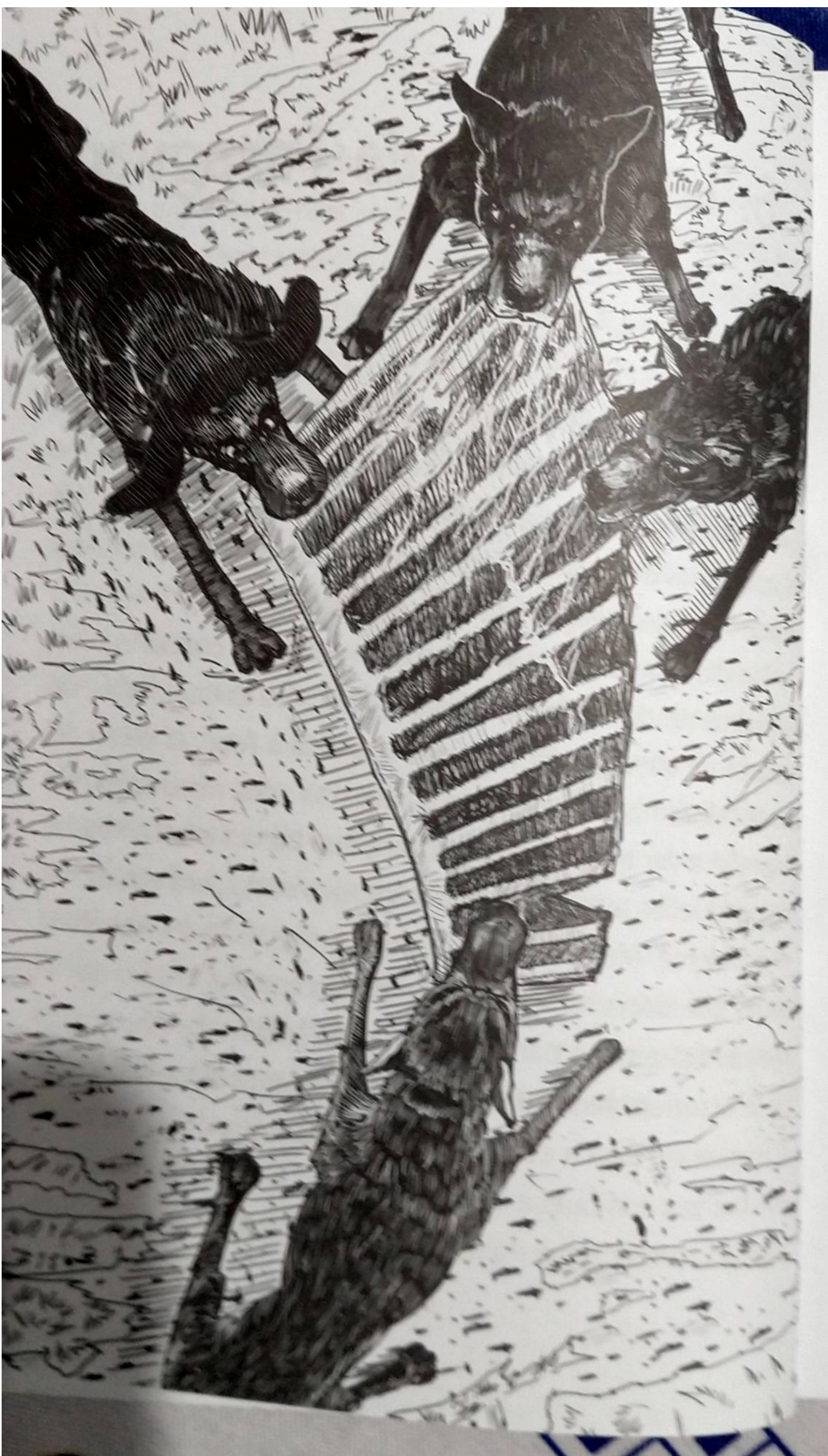


## 6. La batalla de Paraguarí

Si el viaje a la Banda Oriental me había parecido largo, este me pareció larguísimo. "Paraguay, ¿dónde estás?" me preguntaba cada mañana. Cruzamos infinidad de ríos. De ríos, dije, no de riachos, y había que construir balsas o nadar como locos para llegar a la orilla opuesta.

Un día, mientras se preparaba el ejército a cruzar uno especialmente difícil donde al otro lado, para colmo, había un puesto de observación del enemigo, vi que Apio, el perro del cocinero, temblaba de miedo oculto tras unos matorrales. Me acerqué a ver qué le pasaba. Pensé que tal vez estaba asustado porque iba a ser el primer enfrentamiento, pero ese no era el problema. Me contó que Yunque y sus secuaces le habían dicho que debía robarle a su dueño un costillar entero que el cocinero guardaba para después de la batalla. Le dije que no se le ocurriera hacer una cosa así, que los soldados, ganaran o perdieran, iban a estar muy cansados y que debían reponer sus fuerzas con buena comida. No sé si no me escuchó o si el miedo lo dominaba y no pudo hacer otra cosa que lo que hizo.







Esa noche hubo movimiento de tropas y de pertrechos, nuestros hombres cruzaron el río por diferentes lugares y se escucharon tiros y explosiones en la otra orilla.

Yo me quedé haciendo guardia en nuestro campamento. De repente, noté movimientos extraños, me puse alerta. Me acerqué al lugar donde vi que los arbustos se movían misteriosamente. Activé mi olfato al máximo y sentí un olor inconfundible: carne fresca. Salté al otro lado del arbusto y me encontré con Yunque, Apio y los demás que arrastraban el enorme costillar. Era yo solo contra todos ellos. Por la fuerza era muy improbable que pudiese poner remedio a la situación. Entonces me acordé de nuevo de las palabras de Manuel e intenté por el diálogo convencerlos de que lo que estaban haciendo estaba mal.

—Ey, muchachos —les dije—, esa es comida para nuestros soldados que en este mismo momento están arriesgando el pellejo al otro lado del río para ocupar una posición estratégica. ¿No les parece poco honorable robarles la comida a nuestros propios hombres?

—Vos porque sos el niño mimado del comandante y te dan buena comida. Pero a nosotros nos dan menos que las sobras —respondió Yunque.

—Yo como lo mismo que todos y no me quejo. Estamos



en una campaña militar, no en un día de campo. Comemos lo que hay y si no hay no comemos.

—Está bien, tenés razón, vení y llevate el costillar. Si podés —dijo Yunque y me mostró todos los dientes al igual que los demás.

¿Qué haría Manuel en una situación así? ¿Seguir participando? ¿Atacar a pesar de estar en desventaja? ¿Entender la retirada? Por primera vez entendí que no debe ser nada fácil estar a cargo de un ejército y tener que tomar decisiones complicadas como esa.

Justo en ese momento se escucharon gritos y disparos al aire. Habían logrado tomar el puesto de observación de Campichuelo, era el primer triunfo de la campaña y todos festejaban. Aproveché la distracción y les arrebaté el costillar, pero era muy pesado y solo podía correr arrastrándolo así que iba más despacio que una tortuga. Por suerte, nos cruzamos con un oficial y varios soldados que andaban por ahí, que cuando nos vieron, nos sacaron el costillar y nos corrieron a patadas. Nos dispersamos y yo volé a la tienda de Manuel para evitar represalias. Entré como loco y me escondí debajo de su catre. Manuel brindaba con otros oficiales por el triunfo obtenido.

Mi hazaña había sido algo menor que la de ellos, pero no



por eso menos importante. Me sentí feliz de haber cumplido con éxito la misión que me había propuesto. Ese mediodía los soldados comieron un guiso de campaña bien succulento y a nosotros, los canes, nos tocaron los huesitos del costillar que estaban riquísimos. Yunque y los demás no me sacaron los ojos de encima durante todo el almuerzo.

Seguimos avanzando hacia Asunción del Paraguay donde nos esperaba el grueso del ejército realista del gobernador Bernardo de Velasco listo para echarnos de sus tierras.

Yo andaba tan ocupado desprendiendo abrojos de mi pelambre, esquivando pantanos, cruzando arroyos en los que tenía que nadar como si fuese un surubí, evitando a las yararás que querían clavarnos sus colmillos y a las pirañas que nos mordisqueaban los talones, que no me di cuenta de que Manuel estaba contrariado y cabizbajo. Me acerqué a él en un alto del camino y busqué la manera de que me contara qué le estaba pasando. Al fin se largó a hablar y me dijo que estaba preocupado porque muchos soldados de nuestro ejército estaban desertando y no podía culparlos porque la mayoría eran simples campesinos que se habían unido a nuestra tropa en el camino y no entendían muy bien qué nos proponíamos. La revolución y las ideas independentistas me las había enseñado mi padre, un hombre nacido en Buenos Aires y ellos estaban muy lejos del



Río de la Plata y poco les importaba bajo qué mando estuvieran siempre y cuando pudieran plantar, cosechar, cuidar a sus animales y alimentarse. No le dije nada a Manuel para no preocuparlo más de lo que ya estaba, pero la verdad es que los campesinos algo de razón tenían, porque yo tampoco entendía qué era todo eso de la independencia y de pelearse entre hermanos, porque gran parte de las filas realistas estaban formadas por otros campesinos que habían reclutado los españoles. Entonces Manuel se paró de golpe y dijo en voz alta, tal vez para convencerse a sí mismo: "La única forma de vencer a los realistas y formar una gran patria sudamericana es con la unión de los pueblos". Pero enseguida bajó la mirada, cambió la actitud y buscándome con sus ojos agregó: "Aunque tal vez esta no sea la manera".

Al día siguiente llegamos a las cercanías del pueblo de Paraguarí que era donde estaba esperándonos el ejército realista del gobernador Velasco.

Lo seguí a Manuel todo el día para que me encomendara alguna misión, pero él estaba muy ocupado y ni siquiera advirtió mi presencia. Así que decidí que lo mejor sería montar guardia frente a las provisiones para que nadie robara comida.

Las cosas salieron mal, esta vez las fuerzas paraguayas eran muy superiores a las nuestras y no quedó más opción



que dar la orden de retirada. Tuvimos que movernos lo más rápido que pudimos. Acabábamos de perder la batalla de Paraguarí. Nos movilizamos hacia el sur durante días perseguidos a la distancia por las tropas realistas. Al fin nos establecimos en las cercanías del río Tacuarí para enfrentar nuevamente al enemigo.



## 7. La batalla de Tacuarí

Durante el tiempo que estuvimos en ese campamento traté de acercarme a Yunque y sus secuaces. Era una misión muy arriesgada porque todavía no me habían perdonado lo del costillar. Nos juntamos un día junto al río. Les dije que no era momento de pelear entre nosotros, que las cosas no estaban bien, que habíamos perdido a muchos hombres en Paraguarí y que una gran cantidad había desertado tras la batalla, que debíamos colaborar. Entonces les propuse formar un batallón de canes para morderles los talones a los enemigos. Y para que Yunque no se opusiera se me ocurrió decirle que él sería el comandante. Aunque se hizo un poco el difícil, no pudo evitar mover la cola.

Nos organizamos para la batalla. El plan era escondernos entre los arbustos y atacar por los flancos a los enemigos.

Llegó el día, las fuerzas realistas empezaron a disparar sus cañones y avanzaron sobre nosotros. Todos los canes estábamos en posición, esperábamos la orden de Yunque para atacar. Pasó un minuto, dos, cinco, diez y la orden no



llegaba. Entonces me moví hasta donde estaba Yunque, y Yunque no estaba. En su lugar lo encontré a Apio, acurrucado entre los arbustos muerto de miedo.

—¿Y Yunque? —le pregunté—. Estamos esperando su orden para atacar.

—Se fue cuando sonó el primer cañonazo.

—¿Adónde se fue?

—No sé. Salió corriendo hacia el campo con la cola entre las patas.

Yunque había desertado cobardemente. Tuve que hacerme cargo del batallón canino. Di la orden y atacamos.

No fue fácil, pero mordimos unos cuantos traseros y logramos confundir a varios enemigos. Igual no fue suficiente. Perdimos la batalla de Tacuarí. Manuel tuvo que rendirse y se terminó la expedición al Paraguay.

Después de andar un poco de aquí para allá volvimos a Buenos Aires.



## 8. La creación de la bandera

Pensé que al volver a casa íbamos a vivir otra vez tranquilos, pero como siempre me equivoqué.

Después de la frustrada expedición al Paraguay, Manuel había quedado un poco desalentado, arrastraba los pies por los pasillos y yo lo seguía imitando su humor. Para colmo, un día llegaron unos papeles que Manuel leyó nervioso, de pie, y después se encerró en su despacho y no salió en todo el día. Por la casa empezó a correr el rumor de que lo iban a enjuiciar por su desempeño en el Paraguay. Se terminaron mis paseos por largo rato. Desde ese día, Manuel solo se dedicó a redactar cartas, leer unos libros enormes y reunirse con gente importante.

Durante este tiempo pasé largas temporadas con mis parientes en la orilla del Riachuelo. Pero ya no era lo mismo, ahora ese paraje, después de tantos viajes y aventuras, me parecía aburrido, sin emoción, demasiado cercano y repetitivo. Hasta que un día mi primo me dijo que no hacía mucho, mientras yo andaba guerreando por ahí,



creía haber visto a una perra galgo acompañada por otros perros.

—¿No te fijaste si era Cony? —le dije.

—La corrí pero no la alcancé —me respondió.

Le creí porque mi primo era paticorto.

Anduve todo ese día por el barrio, olfateando de arriba abajo, pero no olí ni rastros de Cony. Tal vez mi primo se lo había imaginado o había visto cualquier cosa, porque además de tener patas cortas era corto de vista.

Después de una estancia de tres o cuatro días en el Riachuelo, de los que consumí más de dos en búsquedas infructuosas, volví a la casa y cuando Manuel me vio me llamó muy sonriente, se agachó y me acarició todo el cuerpo, me puso boca arriba y me rascó la barriga y era tanta mi felicidad que no podía evitar retorcerme como una lombriz. Manuel había vuelto. Otra vez era el Manuel alegre y con ganas de hacer cosas divertidas.

—¡Me absolvieron! —decía—. Todos los testigos hablaron bien de mí. Fue solo una movida política.

—Claro —ladré—, si en Paraguay te portaste como un héroe, a quién se le puede ocurrir enjuiciarte.

—¡Sí! ¡Ladrá! ¡Ladrá bien fuerte para que todos te oigan!  
¡Manuel Belgrano sigue en carrera! ¡Y no va a parar hasta



que consiga la independencia de este pueblo! —decía a los gritos. Y yo ladré más fuerte y empecé a correr como un loco alrededor de él sin parar de ladrar.

Cuando nos calmamos un poco y nos sentamos en el cordón de la vereda, mientras me acariciaba el lomo, Manuel me dijo:

—Hay veces en que pienso que vos entendés las cosas mejor que algunos miembros de la junta.

Me limité a contestar con un movimiento de cola.

—Preparate, compañero —me dijo Manuel a la par que se paraba—: mañana nos vamos con el regimiento n.º 1 de Patricios a Santa Fe.

—Siempre contá conmigo, Manuel. Donde vos vayas yo te sigo —le dije con un ladrido que sonó a promesa.

Esa noche me la pasé en la terraza mirando hacia el sur. La zona del Riachuelo era una boca de lobo. Imaginé a Cony perdida por ahí y me dio un escalofrío que me recorrió todo el pelaje. Pero después pensé que mi primo además de ser paticorto y medio miope era mitómano, le encantaba inventar mentiras que hasta él mismo terminaba creyendo.

Otra vez partimos por el camino del Bajo, hacia Santa Fe. Teníamos una larga travesía por delante. Nuestra misión



sería vigilar el río Paraná para evitar cualquier avance de los realistas que podían zarpar desde Montevideo y subir por el río hacia el centro del virreinato.

Después de andar muchos días por una pampa que no por nada llaman húmeda —tuvimos que atravesar ríos y riachos a montones y esquivar unas cuantas lagunas— llegamos a Villa del Rosario y armamos el campamento a orilla del río Paraná, cerca del pequeño puerto. Ahí se detenían los barcos que venían de Corrientes hacia el sur o los que iban desde el Río de la Plata hacia el norte.

El primer trabajo que encaró Belgrano con ayuda de los pobladores fue emplazar dos baterías de artillería, una sobre la costa y otra en una isla que está enfrente para detener las posibles incursiones de los buques enemigos. Cada batería estaba formada por un montón de cañones. Fue un trabajo durísimo. Cada cañón de hierro fundido pesaba una tonelada y ni hablar de todas las balas que hubo que trasladar.

Un día, en medio del revuelo de los preparativos de la ceremonia de inauguración de las baterías, que Belgrano pensaba bautizar con los nombres de “Libertad” e “Independencia”, decidí tomarme un respiro y me fui despacito hacia el puerto. Me gustaba ese paseo porque era un de-



leite para mi olfato, ahí se amontonaban bultos de carne que llegaban de los saladeros, frutas y especias del litoral, aceites y esencias de los molinos y un sinfín de olores extraños. Justo llegaba un barco de Corrientes y la gente estaba bajando. Los estibadores se preparaban para descargar las mercaderías que transportaba. En medio del gentío, de repente vi unas patas largas, un hocico aguzado, unas orejas caídas, un pelaje té con leche y no dudé de que se trataba de un galgo. Corrí hacia él y casi me desmayo cuando confirmé que era Cony.

Temblando de la emoción me acerqué a ella con idea de juntar nuestros hocicos y darle una buena olida cuando, no sé de dónde, aparecieron dos perros jóvenes que por lo que se veía no eran galgos de raza porque uno tenía un hocico cuadrado y era medio cabezón y el otro tenía las patas un poco más cortas que Cony y no era tan estilizado. Los dos me mostraron los dientes y se pusieron entre ella y yo.

—Tranquilos, chicos, es papá —dijo Cony con un gruñido. Y después me ladró—: ¡Te encontré, no lo puedo creer!

Si no me había caído de la emoción en el primer vistazo, casi lo hago cuando escuché que yo era el padre de esos cachorros. Las patas me fallaron y me fui de lado, pero enseguida me recompuse.



—Después de que me dejaste en el barco inglés, partí  
nos hacia Montevideo —me contó Cony— y en el viaje me  
cuenta de que estaba embarazada. Así que me quedé en el  
puerto hasta que tuve a los chicos. Ni bien pudimos, nos la-  
ingeniamos para volver al Riachuelo para darte la noticia  
pero no te encontramos. Alguien nos dijo que andabas por  
Misiones, así que nos fuimos hacia allá. No fue nada fácil  
llegar y más difícil fue buscarte en medio de la guerra. An-  
duvimos por todos lados no sé por cuánto tiempo y nos fue  
imposible encontrar tu rastro. Cansados y desilusionados,  
decidimos volver a Montevideo y acá estamos. Bajamos a  
estirar las piernas y en cuanto terminaran de descargar las  
mercaderías íbamos a seguir viaje.

—¡Vamos a caminar! —les dije.

Anduvimos por el puerto y después corrimos hacia la Vi-  
lla del Rosario. Cony y el cachorro de las patas largas nos sa-  
caron una buena distancia al otro y a mí. Cuando les dimos  
alcance, porque nos esperaron, les mordimos los talones y  
ellos saltaron por encima de nosotros y terminamos revolca-  
dos por el piso ladrando y gruñendo de felicidad.

Buscamos algo de comer y nos sentamos en la barranca  
del río Paraná que a esa hora brilla como un espejo. Vimos  
zarpar al barco que los había traído desde Corrientes con des-



tino al Río de la Plata. De repente escuchamos un estruendo, y luego otro, y otro, y otro. La ceremonia de inauguración de las baterías "Libertad" e "Independencia" había empezado.

—¿No tendrías que estar ahí? —me preguntó Cony.

—¿Cómo se llaman?

—¿Quiénes?

—Mis hijos.

—Ah, claro. Tienen nombres en inglés. No son nada fáciles de pronunciar. Si querés, podés ponerles sobrenombres en castellano.

—Buena idea. Los voy a bautizar... ¡Libertad e Independencia! ¿Qué les parece?

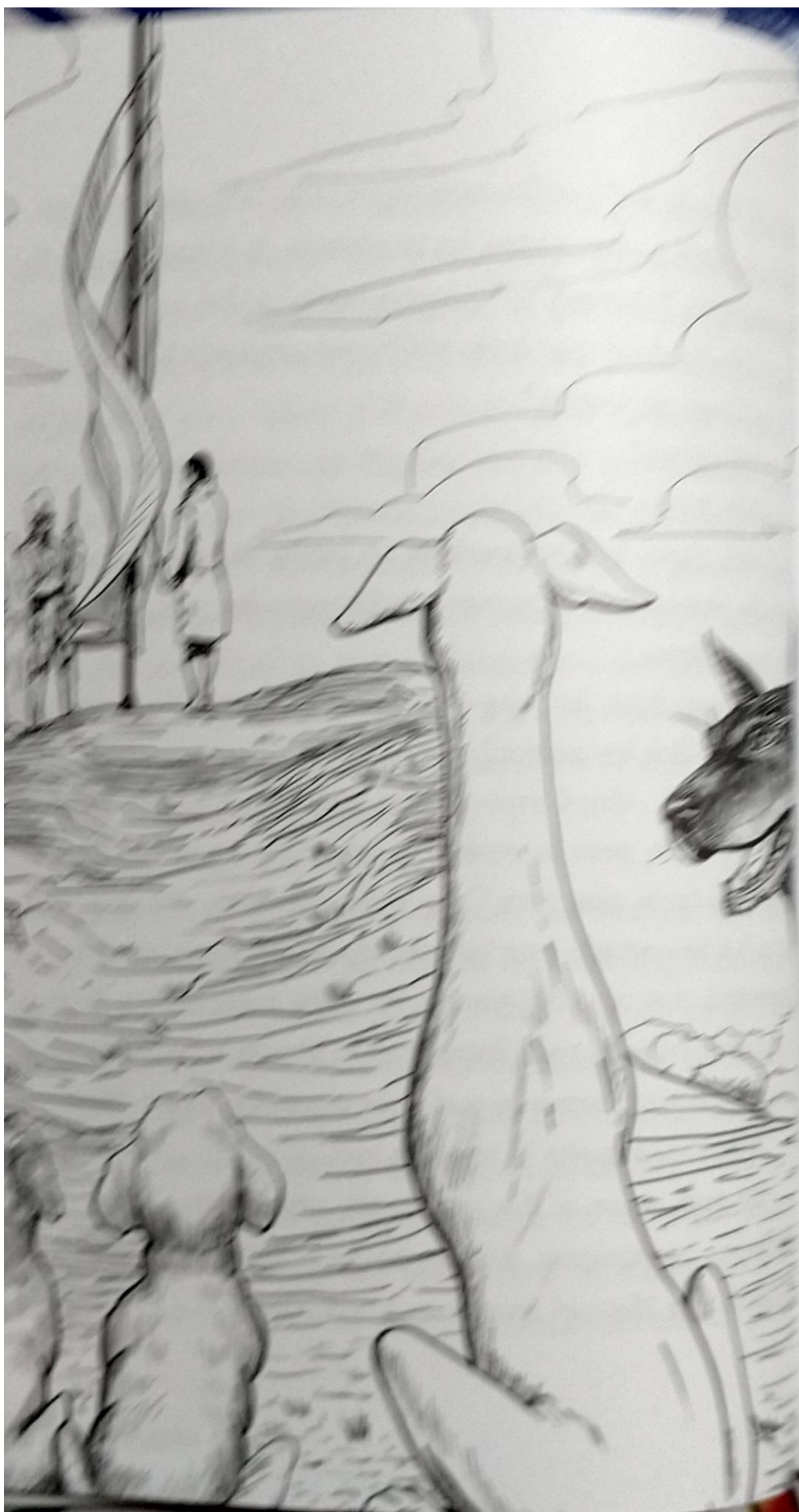
—¡Miren! —dijo Cony—. ¡Están izando una bandera!

Y yo miré, pero la verdad es que no vi nada porque ese día solo tenía ojos para Cony y mis dos hijos. Muchos a los que les he contado esta historia me preguntaron cómo era la bandera que creó Belgrano y no pude contestarles, porque recuerdo haberla visto flamear en lo alto de la barranca, pero no puedo acordarme de qué color era y qué diseño tenía.

Y bueno, a quién le importa eso.

Lo que sigue sí fue realmente importante. Cuando los festejos terminaron, fuimos hacia el campamento porque quería que Manuel conociera a mis hijos.







Caminamos hasta su tienda y me adelanté para felicitarlo por el festejo y para mostrarle quién me acompañaba. Manuel leía unos papeles.

—Ah, sos vos —me dijo cuando me vio—. Preparate porque en unos días nos vamos al Alto Perú. Acaban de nombrarme Comandante del Ejército del Norte.

Yo tragué saliva. Otra vez se me aflojaron las piernas. Me repuse y, con tres ladridos cortos, le dije que me siguiera.

Cuando salimos la vio a Cony y sonrió. Después vio a los chicos y me miró sorprendido. Se acercó a ellos y les dijo “Sit”, pero la única que le hizo caso fue Cony. Los otros dos vagos se quedaron mirándolo igual que yo sin entender qué significaba eso que acababa de decir.



## 9. El Ejército del Norte

A la mañana siguiente me despertaron los cachorros, que tenían una vitalidad imparable. El campamento entero parecía arrastrarse en medio de un bostezo hacia las ollas de mate cocido mientras ellos dos no paraban de bajar y subir la barranca como si fuera apenas un escaloncito. Cony dormía todavía y no quise despertarla, había andado mucho y seguramente estaría cansada.

Desde muy temprano se trabajó en los preparativos para marchar a Tucumán y unimos al golpeado Ejército del Norte, que acababa de volver de una derrota en Huaqui, en el Alto Perú.

Cuando Cony despertó y vio todo el campamento convulsionado, se dio cuenta de que algo pasaba y me miró ladeando la cabeza.

—Llegó la orden de que marchemos hacia el norte, Cony: Belgrano fue nombrado comandante y yo lo tengo que acompañar.

—Pero... me costó tanto encontrarte ¿y te vas a ir?



—Yo lo siento más que vos, mi amor. Nada deseo más que estar con ustedes, pero hice una promesa y no puedo romperla.

—¿Qué promesa? ¿A quién?

—A Manuel. Le prometí que siempre lo acompañaría fuera se donde fuese.

—¿Y nosotros? Podríamos ir con vos.

—No tenés idea de lo que son estas campañas militares. Hay que marchar sin descanso durante meses. A veces pasan días en que no hay nada de comer. En cualquier momento nos podemos topar con el enemigo y ahí mismo empiezan los tiros y los sablazos. No es nada recomendable para una dama y menos para dos cachorros. Tengo todo arreglado. Hay un barco que sale esta tarde hacia el Río de la Plata. Tienen que abordar cuando nadie los vea y esconderse bien. En un par de días van a estar desembarcando en el Riachuelo y ahí mi familia los va a cuidar hasta que yo vuelva.

Los tres lograron subir al barco sin problemas. Antes de esconderse me saludaron desde lo alto de la cubierta. Por un segundo pensé romper mi promesa e irme con ellos. Pero un perro jamás traiciona a su hombre.

Si el camino hacia la Banda Oriental había sido largo, y el viaje hasta Paraguay muy largo, la marcha a Jujuy fue

intermin  
fin, siem  
tres cab  
armame  
rretas p  
parar a  
tirar co  
Los  
rábamo  
el desie  
fresca,  
enrosca  
oscure  
y grillo  
mer y  
Pas  
en Sa  
mer  
muer  
tendi  
levar  
Se  
po S



interminable. Atravesamos desiertos, bosques, llanuras sin fin, sierras, montañas. Además, no era que íbamos dos o tres caballos al galope, éramos una multitud transportando armamento, cañones, tiendas de campaña, víveres en carretas pesadísimas que se rompían a cada rato y había que parar a arreglarlas o se atascaban en el barro y debíamos tirar como locos para sacarlas.

Los únicos momentos amables del viaje eran cuando parábamos en las postas, unas casas que eran como oasis en el desierto. Había comida en abundancia, aljibes con agua fresca, árboles tupidos con mucha sombra que invitaban a enroscarse entre sus raíces y dormir una buena siesta. Ni bien oscurecía empezaba un verdadero concierto de sapos, ranas y grillos que se callaban cuando los hombres, después de comer y tomar, explotaban en risas, gritos y una que otra pelea.

Pasamos por Córdoba y llegamos a la posta de Yatasto, en Salta, donde nos esperaba lo que había quedado del primer Ejército del Norte: hombres con los uniformes raídos, muertos de hambre, agotados y descontrolados. Belgrano tendría que trabajar mucho para disciplinarlos otra vez y levantarles el ánimo.

Seguimos camino hacia Jujuy y acampamos en Campo Santo, donde se estableció el cuartel general. Empezó



el trabajo de entrenamiento para recuperar la disciplina. Cuando alguno se hacía el loquito y no quería acatar las órdenes yo me acercaba y le daba un buen mordiscón en los tobillos.

Durante este tiempo Manuel y yo casi no tuvimos oportunidad de dar algún paseo y charlar. Él estaba muy ocupado en tratar de que los hombres volvieran a ser soldados, y yo tratando de reclutar a los perros que andaban dando vueltas por el campamento en busca de comida. Me ocupé de reunirlos, de explicarles que debíamos colaborar con los hombres y pelear a su lado durante las batallas. Alguno me preguntó para qué. Les expliqué lo de la independencia, de no depender más de un rey extranjero, bla, bla, bla, pero no entendieron nada. No tenían idea de qué les estaba ladrando. Entonces recurrí a sus emociones más profundas, a eso que todos los perros llevamos grabado en el alma: les dije que había que hacerlo para hacer felices a nuestros hombres. Recién ahí lo entendieron, y estuvieron de acuerdo en colaborar. Alguno preguntó si por ayudarlos nos darían ración extra a la hora de comer y lógicamente le respondí que sí, aunque no era muy probable.

Organizamos una milicia de perros de todas las razas, colores y tamaños. Los más chiquitos debían morder los



talones de los enemigos; los medianos, muslos y traseros; y los más grandotes, brazos y manos con la intención de desarmarlos. Nos entrenamos atacando a los cactus que había en el lugar. Más de uno terminó con una espina clavada en el hocico.

Un día Manuel me dijo que partíamos hacia Jujuy, así que nos movilizamos hacia el norte, más cerca del ejército realista.

Cuando llegamos a Jujuy, justo se cumplía el segundo aniversario del primer gobierno patrio, entonces Manuel aprovechó ese 25 de mayo para hacer bendecir la nueva bandera en un acto muy solemne. Si me preguntan cómo era el diseño y los colores de esa bandera, otra vez no puedo responder, me perdí la ceremonia por culpa de un moquillo mal curado que me tuvo tres días en la cucha.

Una vez repuesto, partimos a patrullar la zona de la Quebrada de Humahuaca, un lugar hermoso donde los cerros son de colores y está lleno de unos animales muy raros que cuando uno los mira fijo te escupen en la cara. Los hombres los llaman guanacos o llamas, nunca entendí muy bien la diferencia entre unos y otros. Son más grandotes que los perros y algunos sirven como medio de transporte.







Durante los patrullajes tuvimos varios encontronazos con algunos escuadrones realistas. Pero eran de pocos hombres y en casi todos los casos pudimos dispersarlos y hasta tomar prisioneros. El ejército en serio, el que había triunfado en Huaqui, estaba más al norte, y nos enteramos de que ya estaba empezando a bajar hacia Jujuy.

Cuando llegó esta noticia al Río de la Plata, el triunvirato, que era quien gobernaba en ese momento, ordenó a Belgrano no presentar pelea y replegarse hacia Córdoba. Manuel dudaba de esa decisión, y yo opinaba que no había que hacerlo, pero al final obedeció.

La orden también decía que al retirarnos debíamos dejar todo arrasado para que los realistas no encontrasen lugares donde refugiarse ni comida para subsistir. Así que con Manuel tuvimos que organizar lo que después se conoció como el "Éxodo jujeño". Él se encargó de que todo el pueblo de Jujuy dejara sus casas, quemara sus cosechas y cargara todas sus pertenencias en burros o carretas que debían partir cuanto antes a Tucumán. Yo me ocupé de reunir a todos los perros, gatos y loros del lugar y tuve que convencerlos de que también se unieran a la caravana. Con los perros no tuve tantos problemas, porque ellos siempre van detrás de su hombre. Me costó más con los gatos porque es bien



sabido que quieren más a su casa que a los dueños. Tuve que decirles que si se quedaban servirían de alimento para los realistas. No remolonearon más, juntaron sus pulgas y se unieron a la larga fila de gente que arrastraba los pies y su dolor por tener que dejar sus casas, sus campos y su apacible vida.

Manuel y yo fuimos los últimos en abandonar el pueblo. Daba lástima ver las casas vacías, invadidas por el viento, que jugaba con el humo de los incendios provocando remolinos que recorrían las calles.

Fue una marcha silenciosa, difícil y triste. Manuel sufría y estoy seguro de que interiormente se planteaba si no hubiera sido mejor quedarse y hacer frente a los realistas.



# 10. La batalla de Tucumán

Las órdenes eran llegar a Tucumán, reabastecernos y seguir hacia Córdoba. Pero los realistas, al mando del brigadier Pío Tristán, ya venían pisándonos los talones y los tucumanos le dijeron a Manuel que el pueblo entero estaba dispuesto a unirse al ejército para enfrentar al enemigo.

No lo dudó. Era el empujoncito que necesitaba para desobedecer sus órdenes. Con la ayuda de los tucumanos nos organizamos para esperar a los españoles y darles su merecido. Fueron días de mucho trabajo en que se planeó cómo enfrentar a un ejército que tenía el doble de soldados que el nuestro y mucha más artillería.

Yo por mi parte me dediqué a entrenar y mentalizar a mi escuadra canina. No fue nada fácil hacerlos marchar en orden, eran demasiadas patas que sincronizar. Practicamos mordidas a discreción, olfateo selectivo, arrastrarse cuerpo a tierra, marcado de territorio y mensajes en clave de ladridos. Elegimos los puntos en que cada uno se apostaría para atacar por sorpresa a los desprevenidos realistas.



Una noche, se vieron unas luces en el horizonte que no acostumbraban a estar ahí. Algunos pensaron que era la luz mala, pero era peor que eso, se trataba de las fogatas del ejército español. Ya estaban en las puertas de la ciudad. A la mañana siguiente, bien temprano, empezaron a avanzar hacia Tucumán. Era aterrador ver la cantidad de hombres que marchaban hacia nosotros. Lo busqué a Manuel para darle ánimo, pero no pude encontrarlo. Recorrí todas las posiciones y nada, ni rastros de Manuel. De repente vi a lo lejos la capilla y algo me dijo que él estaba ahí. Entré en silencio y lo encontré en la penumbra, arrodillado, rezando. Lo esperé y caminamos juntos a ocupar nuestros puestos.

—Solo un milagro nos puede hacer ganar esta batalla —me dijo Manuel.

Comenzaron los combates. El ejército español avanzó hacia nuestras posiciones. Los cañones patriotas intentaban detenerlos pero ellos también respondieron con fuego de artillería. Yo me preparé para dar la orden de ataque a mi escuadrón canino. Esperé a que los soldados enemigos pasaran por delante de nuestros escondites para dar el aullido prolongado que era la señal de atacar. Salimos de atrás de las matas que nos cubrían y corrimos hacia ellos con las



mandíbulas cargadas. Hubo un momento de zozobra en el ejército español. No entendían qué era lo que estaba pasando. Pero de repente, no sé de dónde, surgieron sombras oscuras que se abalanzaron sobre nosotros. Tuvimos que soltar a nuestras presas para defendernos. Colmillos inmensos rompían nuestra carne. Todo mi escuadrón estaba enredado en escaramuzas que parecían torbellinos que se agitaban por el campo de batalla. Enormes mastines españoles nos querían despedazar. Perros herederos de los sabuesos que los conquistadores habían traído a estas tierras para hostigar a los indios. Eran feroces y desalmados, acostumbrados a matar sin remordimientos. Mientras tanto, la guerra de los hombres también se había vuelto encarnizada, los realistas estaban aplastando a los patriotas. Entonces, un viento iracundo se apoderó del campo de batalla, el cielo se oscureció como si fuera el fin del mundo y empezamos a sentir un golpeteo crujiente contra nuestros cuerpos: creímos estar en medio de una lluvia de flechas. Las escaramuzas se interrumpieron, los realistas confundidos bajaron sus armas temiendo que se tratara de una intervención divina. Los hombres de Tucumán comprendieron enseguida lo que pasaba, porque estaban acostumbrados a estas invasiones repentinas que asolaban sus campos en esa época del año.



Se trataba de una inmensa manga de langostas que arrastrada por un viento del sur ennegreció el campo de batalla. El ejército patriota aprovechó el desconcierto del enemigo para reagruparse y atacarlo por distintos flancos. Las filas de españoles se desordenaron y se dispersaron, nuestros soldados pudieron apoderarse de sus víveres y su artillería. Los mastines asustados escaparon a la carrera. La batalla estaba ganada.

Siguieron pequeños encontronazos durante todo ese día y el siguiente. Pero el resultado ya estaba asegurado.



# 11. La batalla de Salta

Los realistas que pudieron escapar a las órdenes de Pío Tristán, se acantonaron en Salta. Manuel no perdió tiempo, enseguida dio la orden de marchar hacia allí para expulsarlos definitivamente del sur del Alto Perú.

Ahora contábamos con la artillería y demás pertrechos arrebatados a los españoles. El ánimo de la tropa estaba por las nubes.

Una mañana, mientras levantaba la pata contra un algarrobo, escuché a mis espaldas un gruñido conocido. Me di vuelta y me encontré con Yunque escoltado por algunos de mis milicianos caninos.

—Yunque, qué sorpresa, ¿no habías escapado con la cola entre las patas en Tacuarí?

—Eso no es verdad, me tomaron prisionero durante la batalla y recién ahora pude escapar.

—¿Eso fue antes o después de desertar?

—¿Qué estás insinuando? —me dijo levantando el labio derecho y echando espuma por la boca.



—¡Alto! ¡Alto! —ladró uno de por ahí—. No es momento de pelear. Estamos yendo de nuevo a luchar contra los realistas y tenemos que resolver el problema de los mastines españoles. Casi nos comen crudos.

—Es verdad —dijo otro—, son mucho más grandes y fieros que nosotros, es imposible que les ganemos. Tenemos que idear alguna estrategia.

Hubo silencio por unos minutos. Los cerebritos perrunos se pusieron a trabajar a toda máquina. Salvo el de Yunque, que me miraba entrecerrando los ojos, apretando los dientes y masticando todo tipo de maldades.

—Tengo un plan —dije—. Pero tengo que ver si puedo contar con la ayuda de unos amigos. Ustedes piensen la manera de hacer que los mastines nos persigan hasta un lugar cerrado, que yo voy a organizar la sorpresa.

Antes de que Yunque pudiera oponerse, salí corriendo a toda velocidad hacia los corrales.

Los baqueanos del lugar condujeron a nuestro ejército a través de caminos que solo ellos conocían, para poder atacar a los realistas por el flanco que menos esperaban. No fue fácil transportar cañones y demás pertrechos por senderos que se usaban para trasladar ganado.



Manuel organizó los ataques para que esta vez los realistas no tuvieran la oportunidad de escapar. Abrimos fuego de artillería, y la caballería avanzó hacia el enemigo.

Nosotros, los canes, teníamos todo planeado. Nos escondimos y esperamos a que asomaran el hocico los mastines. En algún momento un oficial realista les dio la orden y aparecieron sedientos de sangre y con la mira puesta en los hombres de nuestra infantería. Entonces les salimos al cruce. Nos les plantamos enfrente, arrugamos los labios para que vieran hasta nuestro último molar, rascamos el piso de tierra como toros enfurecidos y los desafiamos a pelear. Los mastines se miraron entre ellos como diciendo: “¿Estos nos desafían a pelear?” Repitieron nuestra conducta, pero con mucha más profesionalidad. La verdad es que metían miedo. Estuvimos así, haciendo demostraciones de fuerza uno o dos minutos, y como nosotros no hacíamos más que eso, pura bravuconería, fueron ellos los que se decidieron a atacar. Salimos corriendo. Nunca corrimos tan rápido en nuestras vidas, parecíamos galgos de carrera. Corrimos sin parar ni mirar atrás hasta un corral lleno de guanacos y burros. Entramos y nos refugiamos detrás de ellos. Los guanacos, siguiendo órdenes precisas, cerraron filas y les impidieron el paso. Los mastines se detuvieron y volvieron

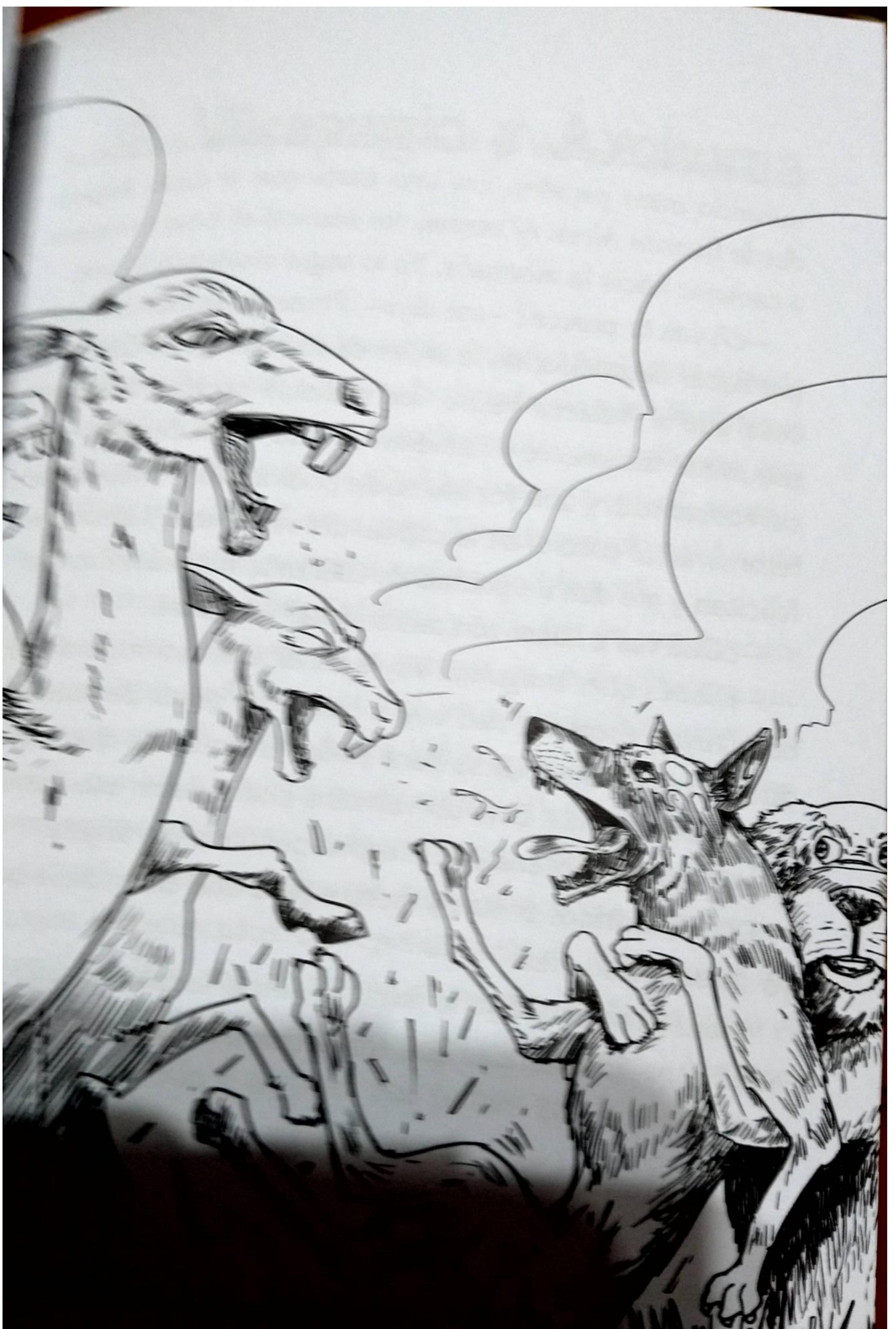


a mirarse entre ellos pensando: "¿Qué pueden hacer estos come-hierbas contra nosotros?" Entonces, imprevistamente, todos a la vez, los come-hierbas les escupieron a los ojos y por unos segundos quedaron enceguecidos. Los guanacos abrieron filas y se adelantaron los burros que hicieron un giro de ciento ochenta grados sobre sus talones y les metieron unas tremendas patadas que dejaron fuera de juego a los mastines. Chillando y con la cola entre las patas escaparon y no los vimos más.

Mientras tanto, la batalla de los hombres se resolvía en favor de los patriotas. Belgrano y sus soldados habían conseguido acorralar al grueso del ejército realista en la plaza mayor, y este no tuvo otra opción que rendirse.

Pío Tristán entregó las armas, cañones, estandartes, banderas y suministros a Manuel. Los prisioneros fueron casi tres mil. Cualquier otro comandante criollo los hubiese fusilado a todos. Pero Belgrano decidió perdonarles la vida. Les hizo jurar que si no volvían a levantar las armas contra los patriotas los dejaría libres. Sin pensarlo mucho, aceptaron. Fue un gran gesto de humanidad por parte de Manuel que le valió unas cuantas críticas de los otros jefes patriotas. Pero fue tan importante el triunfo de Salta para la campaña de la independencia que todos tuvieron que cerrar la boca.







más que ellos. Me adelanté y les ladré a los lobos que desviaron sus ojos amarillos de la presa y nos observaron con detenimiento. Yo amagué a atacarlos y en un segundo desaparecieron.

De un salto me subí a la piedra que había protegido al acorralado y no pude creer lo que vi. ¡Era Independencia! Muerto de susto y temblando como una hoja.

—¿Qué hacés acá? —le dije—. ¿Dónde están tu madre y tu hermano?

—Es una larga historia —me respondió.

Volvimos al campamento. Ya estaba todo preparado para emprender el viaje hacia Potosí. Manuel había dado la orden de avanzar hacia el Alto Perú para acabar con los realistas.

Yo tan tranquilo creyendo que Cony y mis hijos estaban a salvo en Buenos Aires pasando una plácida temporada junto al Riachuelo y resultó que los habían descubierto en el barco y a mitad de camino los habían tirado al agua. Nadaron hasta la costa como pudieron y empezaron a caminar sin saber adónde ir. Deambularon durante meses medio perdidos por la pampa hasta que llegaron a un pueblo en el que los habitantes eran fanáticos de las carreras de perros. Así que ni bien los vieron los tomaron prisioneros y obligaron a Cony y a Libertad a correr carreras contra su voluntad. Por



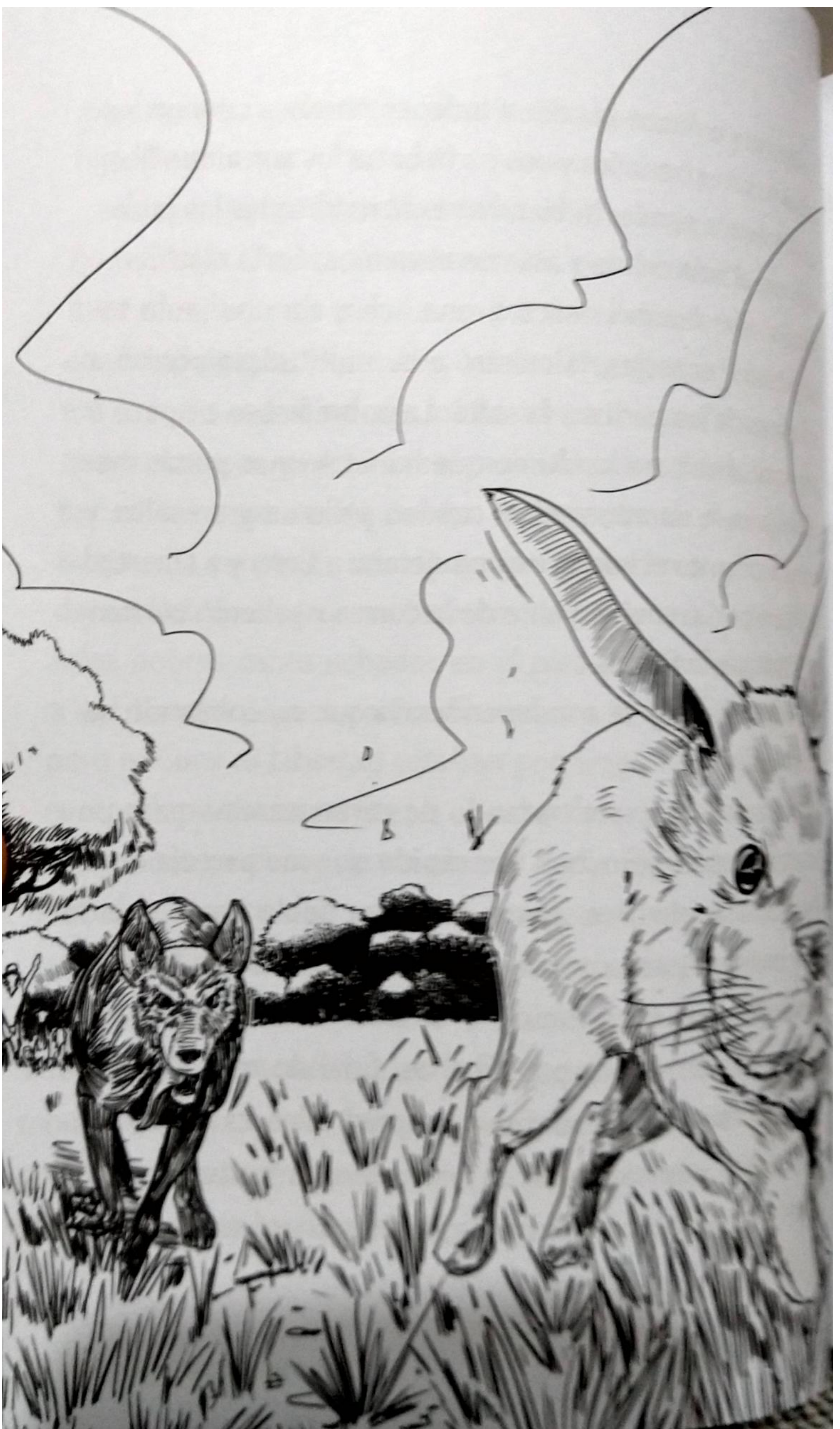
suerte, Independencia no tenía pasta de corredor y lo soltaron por ahí, y tuvo la fortuna de cruzarse con una columna de soldados que marchaba desde Buenos Aires a sumarse al Ejército del Norte. Entonces buscó la manera de unirse a la caravana con la idea de encontrarme y pedirme ayuda. Después de muchas peripecias y de casi ser devorado por los lobos, finalmente estaba conmigo.

Esa misma noche, echados al calor de un fuego, planeamos cómo rescatar a Cony y a Libertad.

Tuve que armarme de coraje para decírselo a Manuel al día siguiente. Me lo pasé buscando el momento preciso. Cuando lo vi solo, sentado bajo un árbol pensando quién sabe qué estrategias y haciendo dibujos con un palito sobre el piso de tierra, nos acercamos con Independencia. Se sorprendió al reconocer a mi hijo. No hicieron falta muchos ladridos, Manuel entendió enseguida lo que nos preocupaba, nos dio unas palmadas en el lomo y nos dejó ir. Mientras nos alejábamos sentí que lo estaba traicionando. Temí por su vida y por el resultado de la campaña independentista. Pero Manuel era grande y se las podría arreglar perfectamente sin mí, pensé. ¿O no?

Nos llevó muchos días llegar a las inmediaciones de Rosario. A pesar de la tristeza y la preocupación que nos







me atropellaron y los tres volamos por el aire. Cuando entendieron lo que había pasado y vieron que había sido yo el escollo se pusieron muy felices, pero a lo lejos ví que varios hombres montaban sus caballos y ya galopaban hacia nosotros.

—¡Al río! —les grité.

Y corrimos como locos en esa dirección. A lo lejos ví un campo de maíz y pensé que escabullirnos por ahí sería una buena estrategia.

—¡Sígueme! —les grité.

Nos metimos entre las plantas de maíz que eran muy altas y corrimos dando unas cuantas vueltas para despistarlos, tratando de hacerlo sigilosamente para no delatar nuestra posición. Llegamos a un borde del sembrado y agachaditos escapamos hacia la costa del río.

Cuando llegamos, nos esperaba Independencia junto a una perrita muy joven y hermosa.

—Crucemos el río —les dije—, al otro lado vamos a estar a salvo.

Pero el río en esa zona era muy ancho, casi parecía un mar, y por poco no nos ahogamos. Por suerte se nos cruzó un camalote al que pudimos subir y nos llevó aguas abajo, apaciblemente, durante todo un día y toda una noche.



Lástima que tuvimos que bajar para buscar algo de comida, porque si no, hubiésemos podido seguir navegando hasta Buenos Aires.

El resto del viaje tuvimos que hacerlo caminando. En un poblado nos enteramos de que los patriotas habían sido derrotados en el Alto Perú, en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, lo que me llenó de tristeza. Esa noche sentí mucha culpa: si yo hubiera estado ahí, tal vez las cosas habrían sido de otra manera. Solo esperaba que Manuel estuviese bien.



## 13. Viaje a Europa

Agotados, más flacos y con las garras de las patas gastadas de tanto caminar llegamos al Riachuelo. Cony quedó muy afectada por la mala experiencia. Tenía la sensación de que todo el que pasaba junto a nosotros quería secuestrarla, meterla en una jaula y obligarla a correr carreras todos los domingos. Nunca más quiso cazar liebres y solo pensaba en volver a Inglaterra.

Nos instalamos cerca de la desembocadura del Riachuelo. Cavamos unas cuevas medio desprolijas (salvo la de Cony que tenía mucho estilo) en un desnivel del terreno y vivimos ahí, viendo a lo lejos el Río de la Plata por el que llegaban los barcos que se metían en el puerto.

En verano nos divertíamos dándonos largos baños en el río en medio de los porteños que llegaban al atardecer después de terminar con su trabajo, y correteábamos por la playa esquivando los pozos que hacían las lavanderas para juntar agua y lavar la ropa.

Fue un tiempo feliz, a pesar de que Cony pasaba largos momentos del día echada en una lomada desde la que observaba



el horizonte del río en silencio, imagino que pensando en su tierra. Ya casi no movía la cola y nunca más quiso jugar a las carreras, andaba a paso lento la mayor parte del tiempo, con las orejas caídas y la mirada perdida.

Para colmo, una tarde, Independencia y su novia nos dijeron que se iban a vivir solos. Que estaban decididos a emigrar hacia el norte, a la zona de San Isidro, lugar en el que había quintas, grandes arboledas y donde, decían, se vivía muy bien. Les dimos nuestra bendición y los acompañamos unos kilómetros hasta la zona del Retiro. Desde lo alto de la barranca los vimos alejarse por el camino del Bajo, y nos sentimos felices por ellos, pero muy tristes porque los íbamos a extrañar. Sobre todo Cony, que se había aferrado tanto a ellos.

Una mañana, apareció mi primo y me dijo que había recibido noticias de que Belgrano estaba otra vez en Buenos Aires. "¿Estás seguro?", le pregunté. Temía que fuera otra de sus mentiras. Me aseguró que el dato era de buena fuente.

Al otro día dejé a Cony al cuidado de Libertad y me fui para la capital. Me metí en la casa de los Belgrano y husmeé por todas las habitaciones hasta que di con Manuel. Se alegró mucho cuando le pasé la lengua por la cara. Estaba acostado porque andaba mal de salud, pero se sentó en la cama y me acarició el pelaje. Me dijo que estaba muy



contento de volver a verme. Aproveché para decirle que sentía lo de Vilcapugio y Ayohuma, que me hubiera gustado estar allí y haber peleado codo a codo junto a él. Manuel agitó su cabeza y me dijo que tenía que viajar muy lejos y que esta vez no iba a poder llevarme, que le habían encomendado una misión diplomática en Europa y que visitaría España, Italia e Inglaterra.

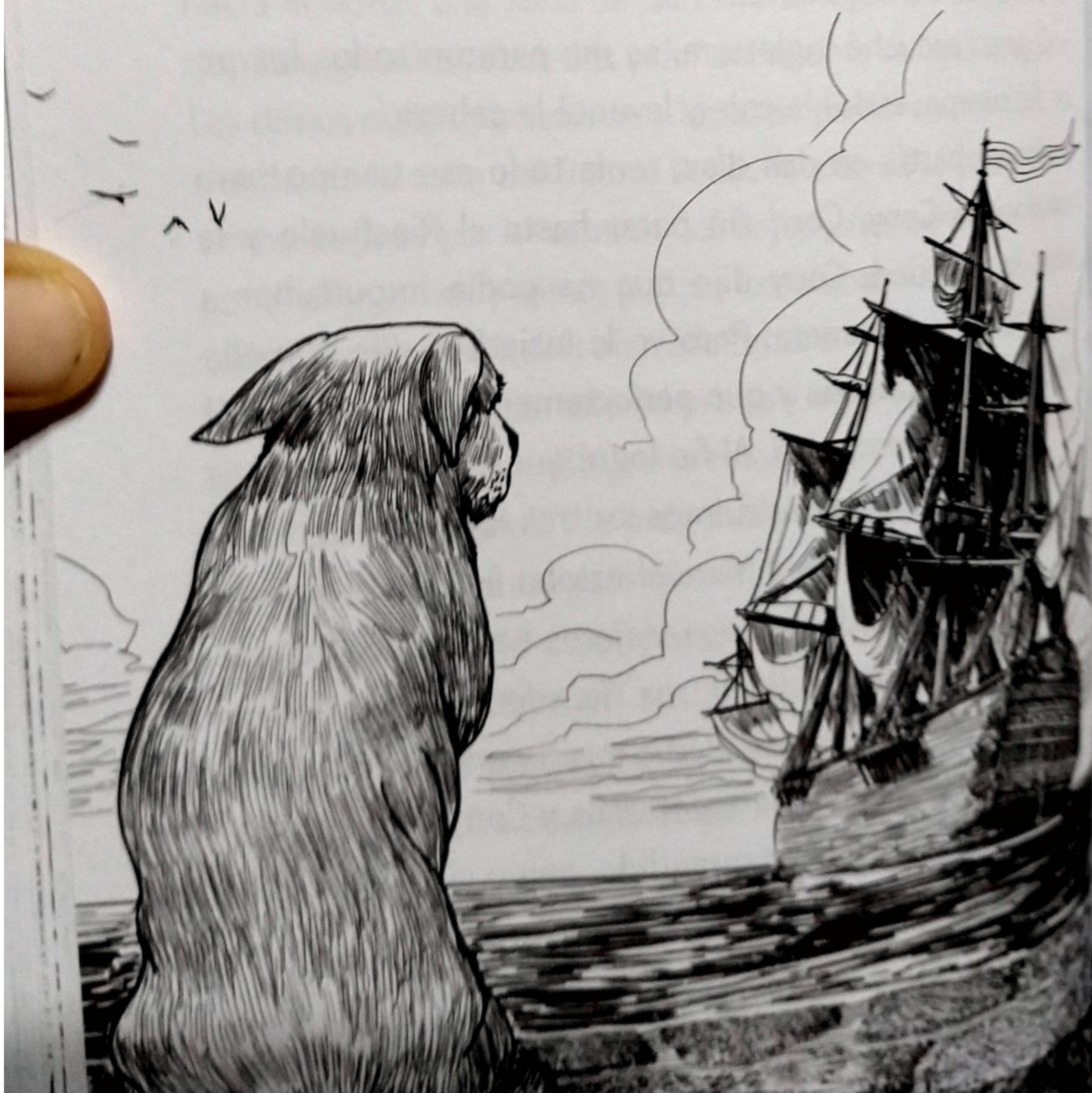
Cuando escuché Inglaterra, se me pararon todos los pelos del cuerpo, estiré la cola y levanté la cabeza.

Manuel partía en dos días, tenía todo ese tiempo para convencer a Cony. Corrí sin parar hasta el Riachuelo y le conté la novedad. Cony dijo que no podía importunar a Belgrano de esa manera. Pero yo le insistí, le dije que ella era una perra educada y que perfectamente podía ir con él como perro de compañía. Al fin logré que aceptara.

El día de la partida nos fuimos los tres hasta el Puerto de Buenos Aires. Llegamos y Manuel estaba listo para subirse al carretón que conducía a los viajeros hasta el barco que estaba fondeado unos kilómetros río adentro. Nos acercamos y Manuel nos hizo una caricia a cada uno en la cabeza. Entonces Libertad y yo nos apartamos y Cony se pegó a su pierna. Manuel me miró sorprendido, como si no entendiera lo que estaba pasando. Libertad y yo nos alejamos en



silencio. Manuel nos miró una vez más y después miró a Cony que con su cabeza le empujaba la mano para que la acariciara. Creo que en ese momento Manuel comprendió lo que pasaba. Nos hizo una última mirada de despedida y escuchamos que dijo "sit", y Cony se sentó junto a él como una educada perra de compañía.





Siguieron tiempos difíciles para mí. Ahora era yo el que se sentaba tardes enteras en la lomada mirando hacia el horizonte. Las dos personas que más quería en el mundo estaban lejísimos, en tierras que no era capaz de imaginar, más allá de un mar inmenso del que tampoco lograba hacerme una idea de cómo sería.

Solo me quedaba Libertad, pero estaba en una edad en la que lo único que le importaba era corretear perras por el barrio. Para colmo, como era muy veloz y muy apuesto, no le costaba nada alcanzarlas y conquistarlas. Un día me dijo que se iba, que con un amigo pensaban caminar hasta Córdoba para oler nuevos lugares.

Me quedé solo.

Libertad ejercía su derecho a ser libre, Independencia vivía sin depender de nadie en San Isidro, Cony había regresado a su tierra y Manuel trataba de convencer a los reyes de España de que aceptaran nuestra independencia. A mí solo me quedaba vagar por las orillas del Riachuelo, corretear cuises y perdices, recorrer la ciudad como un perro abandonado recordando los hermosos momentos que había vivido junto a Manuel y al lado de Cony, y escuchar las mentiras que me contaba mi primo.



## 14. El Congreso de Tucumán

De vez en cuando iba a la casa de los Belgrano, jugaba con los sirvientes, comía lo que me daban, recorría las habitaciones vacías, me echaba un rato a los pies de Domingo, hermano de Manuel, pero no era lo mismo. Por las noches me volvía al Riachuelo y nos juntábamos con los parientes a aullarle nuestras penas a la luna.

Un día, estando yo en la casa, olí que algo estaba pasando. Limpiaron la habitación y el estudio de Manuel, ordenaron sus cosas, prepararon un carruaje y Domingo salió a media mañana con destino incierto.

Sin dudarlo, lo seguí corriendo detrás. Despacio, esquivando los carros de los aguateros, los puestos de los vendedores ambulantes y las lavanderas con bollos de ropa sobre sus cabezas, llegamos al puerto. A lo lejos vi que había llegado un barco y que la gente estaba bajando a los carretones que los traerían hasta la orilla. Esperé echado sobre el muelle sin poder evitar el movimiento de mi colita nerviosa.

La carreta llegó al fin y yo estaba en primera fila miran-



do y olfateando, temblando de la emoción. De repente, un olor conocido, el aroma de los trajes de Manuel, no había duda. Me metí entre las piernas de la gente y di con él. No pude contener mi alegría, empecé a dar saltos en dos patas tratando de chocar narices. Manuel se agachó, me acarició el pelaje y me tiró de las orejas. Qué feliz que me sentía. Cuando volvió a pararse activé de nuevo mi nariz, ¿dónde estaba Cony? Corrí como un loco de acá para allá en los pocos metros del muelle, esquivando baúles, gente, marineros y otros perros de compañía. Pero de a poco, la gente se fue alejando, el carretón partió y el muelle quedó despoblado. Cony no estaba. Olfateé cada una de las tablas, me acerqué al borde, levanté mi hocico y olí en dirección al barco, pero nada, ni la menor señal del delicioso aroma de mi amada. De repente escuché un chiflido, era Manuel que me llamaba desde el carruaje. Corrí unos pasos. Me detuve. Volví a mirar hacia el río, y finalmente hice una carrera hasta el carruaje y de un salto me subí sobre sus piernas.

Miré por el vidrio de atrás y vi alejarse el muelle y la posibilidad de volverla a ver.

Cuando pasamos por la plaza de la Victoria, salté del carruaje y corrí hacia el Riachuelo. Quería estar solo, vagar por la orilla del río para encontrar la forma de olvidarme de ella.



Esa noche volví a casa de Manuel. Comí algo en el patio y me metí por el corredor del fondo. Lo busqué en el salón y en su estudio pero no estaba, entonces fui hasta su habitación y lo encontré acostado en la cama. Raro en él, pensé, a esa hora solía leer a la luz de una lámpara cómodamente sentado en su escritorio. Me eché a su lado, él bajó una mano y me acarició el lomo. Escuché que me dijo:

—Estás con las orejas gachas, amiguito. ¿Es por la perrita? Se quedó en Inglaterra. Por una casualidad nos topamos con sus viejos dueños y ella decidió irse con ellos. Se ve que pertenecía a ese lugar y no a este convulsionado Río de la Plata. Qué se le va a hacer, amigo: así son las cosas. Mirame a mí, tuve dos amores y con ninguno de ellos pude cumplir, me consumí la vida en la Revolución, y acá estoy, solo y enfermo.

Traté de que mi gruñido se pareciera lo más posible a la voz humana. Le dije que no estaba solo, que me tenía a mí, que íbamos a estar juntos hasta que alguno de los dos se fuera para siempre. Fue una promesa.

A los pocos días vi que Manuel estaba haciendo preparativos para un viaje.

—Tenemos una nueva misión en Santa Fe y de allí iremos a Tucumán —me dijo—. Lograr que esta patria sea libre, independiente y que esté unida, no es tarea fácil.



Me puse contento porque dijo "tenemos", por lo que deduje que yo estaba invitado.

Otra vez a los caminos, esta vez en sopanda, como diez reyes, a los saltos, eso sí, porque el viejo camino al norte seguía tan lleno de pozos y barro como siempre.

Luego de algún tiempo en Santa Fe, donde un caudillo se había levantado en armas porque no quería formar parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata, nos fuimos a Tucumán.

Poco había cambiado el pueblo desde la última vez que estuvimos allí. Dormimos bien esa noche, y a la mañana siguiente lo acompañé a Manuel hasta una casa donde se estaba celebrando el Congreso de Tucumán. Quise entrar con él, pero me hizo señas de que no, que lo esperara. Entonces me fui a vagar por ahí, ya conocía esas reuniones que duraban hasta el atardecer.

Me interné por las calles mirando y olfateándolo todo. Seguían resaltando por encima de los techos las torres de las cuatro iglesias. Al mediodía el centro se llenaba de gente que entraba y salía de las tiendas, que concurría a las pulperías, se escuchaban los gritos de los vendedores ambulantes, el quejido de las carretas que transportaban mercaderías. Los olores surgían de todas partes y se confundían.



Estaba muy entretenido vagabundear sin apuro, descubriendo olores desconocidos.

De repente resaltó un olor por encima de todos los otros. Algo diferente, exquisito, nuevo. Seguí el rastro que me llevó por callejuelas estrechas, que me hizo atravesar bodegones donde cocinaban guisos en ollas enormes, llegué al límite del pueblo, corrí por un campo de flores y la vi. Una perrita negra de orejas largas y hermosa figura. Me le acerqué olfateando su fragancia. Ella se quedó inmóvil cuando me vio. Amagó a salir corriendo, pero no lo hizo. Nos olimos un largo rato. Nos hicimos amigos y me llevó a recorrer el campo. Pasamos un día hermoso jugueteando y corriendo en libertad.

Con el paso de los días, lo vi a Manuel cada vez más entusiasmado. Los debates eran agitados, las diferentes posturas respecto al futuro de las provincias unidas del Río de la Plata se discutían acaloradamente dentro de la casa a la que él iba todas las mañanas. Una noche le dije:

—No te olvides de mi idea, un indio de estas tierras tiene que ser el líder de la nueva nación, no un parásito extranjero.

Yo seguí mis paseos con mi nueva amiga. A veces sentía que la estaba traicionando a Cony, pero pensaba un minuto y me daba cuenta de que Cony era una realidad que ya no existía para mí.



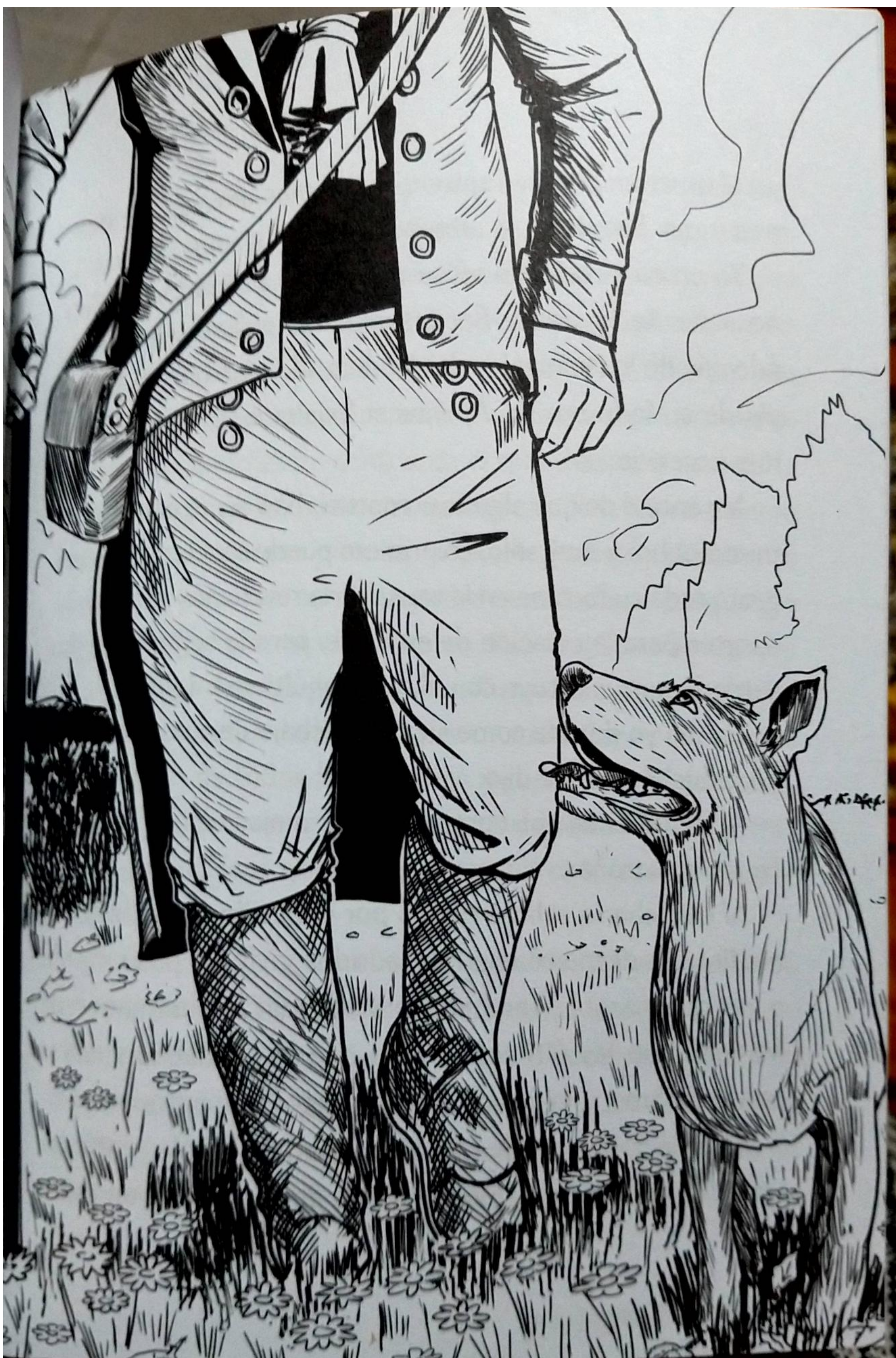
cansado. Le dolía ver cómo los hermanos se peleaban entre sí mezquinamente. Un día nos llegó la orden de abandonar la lucha contra los realistas y movilizar el ejército para aplastar las rebeldías provinciales. Belgrano no estaba de acuerdo, pero acató a medias la orden y empezó con los preparativos para marchar hacia el sur. En medio de todo eso, sufrió una recaída y tuvo que pedir licencia por enfermedad.

Nos fuimos a Tucumán, Manuel, su médico y yo. Un día en que se sintió un poco mejor, me pidió que lo acompañara a un lugar. Fuimos en sopanda hasta una estancia. Cuando llegamos salió a recibirlo una linda jovencita. Manuel la saludó con un beso y me presentó. Ahí me enteré de que ella era Dolores, uno de los amores de Manuel. Fue allí esa tarde en los jardines de la estancia, esperando.

Unos días después, Manuel se acercó a mí, se sentó en una silla y empezó a acariciarme el pelo. Sin que yo le dijera nada se largó a hablar:

—Compañero, ahora entiendo tu tristeza, a mí también me dieron vuelta la cara, pedí a Dolores en matrimonio y la familia se negó. El único consuelo que nos queda para superar esta amargura es triunfar contra los realistas, pero así como están las cosas, lo veo cada vez más difícil.







Manuel empeoró. Tanto, que tuvimos que volver a Buenos Aires. Fue un viaje interminable y muy sufrido.

Ya en su casa, Manuel se refugió en su habitación. Casi no salía de la cama. Recibía algunas visitas ocasionales, además de los controles del médico. El único que no se movía de su lado era yo. Apenas si bajaba a comer y a hacer mis necesidades.

Me enteré de que algunos cronistas han dicho que Manuel murió pobre y muy solo. Lo primero puede ser cierto, porque gastó toda su fortuna en la causa de la revolución y haciendo aportes para la creación de escuelas, pero lo segundo no es verdad, porque estuve con él hasta el último minuto.

Un día yo dormía como siempre debajo de su cama cuando escuché que me dijo:

—Sé que estás ahí, compañero, mi mejor amigo. Cuidate. Te voy a extrañar.

Al escucharlo salí corriendo por el pasillo para alertar al médico. Lo desperté con mis ladridos y vino a paso rápido a ver qué pasaba. También se acercaron los hermanos de Manuel. Con las últimas fuerzas que le quedaban susurró unas palabras, y lo último que dijo fue: “¡Ay, patria mía!”.

Salí a la calle y caminé sin rumbo, aturdido. Me sentí cansado por primera vez. Me di cuenta de que ya era un perro



viejo con muchas leguas sobre mí lomo. Pensé en caminar hasta el Riachuelo y abandonarme ahí. Pero de repente escuché un griterío, y una confusión de olores desconocidos se agolpó en mí nariz. Ví gente que entraba y salía de un local. Caminé hasta ahí, me colé entre la multitud de piernas y entré a un galpón en que había mucha gente de pie observando un cuadrilátero central en el que desfilaba una señora con un galgo llevado con una correa. Observé su trompa aguzada, sus largas piernas, el porte perfecto, el color té con leche y por un momento pensé que era Cony porque era igual a ella. Pero mi olfato no se dejó engañar. Se trataba de un galgo de raza pura, igual a Cony, pero no era ella. En un costado vi que había más perros sostenidos por correas, muy raros, de todos los tamaños y con extraños peinados. Se trataba de una exhibición de una asociación de perros de razas inglesas que había desembarcado recientemente en Buenos Aires.

Miré unos instantes el triste espectáculo y me alejé lo más rápido que pude hacia el Riachuelo.

Llegué cuando ya se hacía de noche. Noté movimiento en mi cueva, pensé que era mi primo que habría venido para aullarle juntos a la luna, pero cuando estuve más cerca olí que no era él, que ese aroma era de una perra que yo cono-



cía muy bien. Me acerqué más y vi las largas orejas de Bea y la negrura de su pelo, y no estaba sola, tenía un cachorro que no se separaba de ella ni un instante.

—Saludá a tu hijo —me dijo.

No puedo describir las volteretas enloquecidas de mi cola. Me acerqué a tu madre y juntamos narices. Después me acerqué a vos y te olfateé por todos lados, y a vos te daba muchas cosquillas.



# Epílogo

Bueno, no sé. Espero que me haya salido igualito a como lo contó mi recontratátara abuelo a su hijo aquella primera vez. Quizás en algún momento me apasioné con esta historia y agregué alguna que otra cosita inventada por mí. Pero mi olfato me dice que no, que supe respetar bastante bien el original.

Perdón si no quedó aclarado el asunto de la bandera, si tenía dos o tres franjas y de qué colores eran, tal vez exageré un poquito en el prólogo creando falsas expectativas, pero fue por una buena causa: crear un poco de misterio para que se interesaran en esta historia.

Si pueden y se acuerdan, cuando sean grandes cuenten esta historia a sus hijos, lo más fielmente que puedan. Yo decidí contársela a ustedes, también, porque en definitiva todos venimos de un antepasado común y es como si fueran mis hijos, más allá de las diferencias de raza y de que unos lleven el pelo largo o corto o con raros peinados.

Nos olemos luego.



# Actividades



## ACTIVIDADES PARA COMPRENDER LA LECTURA

**1.** En esta novela hay una narración enmarcada: se trata de un recurso o una técnica literaria que consiste en la inclusión de uno o varios relatos dentro de otra narración. Relean el prólogo y el epílogo, y respondan:

- a. ¿Quién es el narrador?
- b. ¿A quién se dirige?
- c. ¿Dónde y en qué época se encuentran?

Luego, releen el capítulo 1 y respondan:

- a. ¿Quién es el narrador?
- b. ¿A quién se dirige?
- c. ¿A quién le pasó la historia que comienza a contar?
- d. ¿En qué época y lugar se encuentran?

**2.** Relean los capítulos 1 a 5, y respondan:

- a. ¿Cómo se conocen el narrador protagonista y Manuel Belgrano? ¿Cuál es la primera reacción de Belgrano en este encuentro? ¿Cómo logra el protagonista volverse amigo de Belgrano?
- b. ¿Cómo se conocen el narrador y Cony? ¿Cuál es la reacción de Belgrano al conocerla? ¿Por qué Cony es diferente ante la mirada de los demás?
- c. ¿Por qué Cony se quiere ir? ¿Cómo la ayuda el narrador?
- d. ¿Cómo descubre el narrador las visitas de Belgrano a la Jabonería de Vieytes? ¿Qué hacía este ahí? ¿Por qué la compañía nocturna del narrador lo salva a Belgrano?



**3. Relean los capítulos 6 a 10, y respondan:**

- a. ¿Cuál es la hazaña del protagonista en la batalla de Paraguan? ¿Y la de Belgrano?
- b. ¿Quiénes integraron el batallón de canes en la expedición al Paraguay? ¿Cómo les fue? ¿Y cómo le fue a Belgrano en estas batallas?
- c. ¿Cuándo, cómo y dónde se reencuentran el protagonista y Cony? ¿Qué descubre el narrador en este encuentro? ¿Qué hacía Belgrano por ese entonces?
- d. ¿Qué nombres les pone a sus hijos el narrador? ¿Por qué Cony y el protagonista se vuelven a separar? ¿Qué camino toma cada uno?
- e. ¿Cómo se organizan los perros en el Ejército del Norte?
- f. ¿Qué rol cumple el protagonista en el éxodo jujeño?

**4. Relean los capítulos 11 a 15, y respondan:**

- a. ¿Qué plan elabora el protagonista en la batalla de Salta? ¿Qué resultado tiene este plan?
- b. ¿Cómo dialogan el protagonista y Belgrano? ¿Qué le cuenta Belgrano al protagonista después de la batalla de Salta? ¿Qué opina el protagonista sobre esta idea?
- c. ¿Con quién se reencuentra el protagonista? ¿Por qué decide abandonar a Belgrano? ¿Cómo logran liberar a Cony y a Libertad?
- d. ¿Cómo, cuándo y por qué el protagonista y Cony se vuelven a separar?
- e. ¿Cuándo, cómo y dónde el protagonista conoce a Bea? ¿Qué hace mientras tanto Belgrano?
- f. ¿Cómo acompañó el protagonista a Belgrano en sus últimos días?
- g. ¿Cuándo y dónde se reencuentran el protagonista y Bea? ¿Qué sorpresa se lleva entonces el perro?



## ACTIVIDADES DE PRODUCCIÓN DE ESCRITURA

### 1. El retrato

El retrato literario es la descripción de una persona o personaje, es un modo de reflejar en palabras sus rasgos físicos y su personalidad. Elijan uno de los siguientes personajes y escriban un retrato literario.  
Yunque \* Cony \* Apio \* Libertad

### 2. La biografía

La biografía narra cronológicamente los principales sucesos de la vida de una persona. Busquen información sobre alguna de las siguientes personalidades nombradas en la novela y escriban una breve biografía.  
Santiago de Liniers \* María Dolores Helguera \* John Whitelocke

### 3. La carta

En la época en que transcurre esta novela, escribir cartas era una actividad casi cotidiana y uno de los pocos medios para comunicarse a la distancia. Imaginen que Manuel Belgrano, pensando en los niños y jóvenes del siglo XXI, les escribió una carta. Planifiquen el contenido, escriban un borrador y luego la carta definitiva. No olviden indicar en el margen derecho superior el lugar y la fecha de escritura.

### 4. El afiche

Uno de los tantos lugares a los que va el narrador es la Quebrada de Humahuaca, Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad. Busquen información sobre este sitio y elijan una de las siguientes opciones:

- \* Piensen por qué este lugar debe ser visitado, y elaboren un afiche turístico.
- \* Piensen por qué este lugar debe ser preservado, y elaboren un afiche de concientización.



### 5. La entrada de blog

Imaginen que son colaboradores de un blog de viajes. Elijan una de las ciudades listadas a continuación, busquen información y escriban una entrada para el blog donde cuenten dónde está la ciudad y cuáles son sus principales atractivos.

Colonia \* Salta \* Montevideo \* Tucumán \* Córdoba

### 6. El cuento

Escriban un cuento cuyo narrador y protagonista sea Yunque, Independencia o Bea. Planifiquen previamente el contenido teniendo en cuenta el marco (tiempo y lugar), los personajes y la estructura narrativa (introducción, nudo y desenlace).

### 7. El diccionario etimológico

En el diccionario etimológico se cuenta la historia de las palabras: de qué otras palabras provienen, qué significan, etc. Por ejemplo:

***Libertad:** deriva de la palabra latina líber (libre), a la que se le añade el sufijo -tad que significa "cualidad de", conformando "cualidad de libre".*

***Independencia:** está formada con raíces latinas. El prefijo in- que significa "negación", dependere que quiere decir "estar bajo la voluntad de otro", y el sufijo -ia que significa "cualidad", conformando "cualidad de no estar bajo la voluntad de otro".*

***Bandera:** deriva de "banda", que significa "signo, estandarte".*

Elaboren un diccionario de etimologías fantásticas, es decir, imaginen, inventen y escriban la etimología de al menos diez palabras aludidas, de manera directa o indirectamente, en la novela. Por ejemplo: revolución, invasión, defensa.



## ACTIVIDADES DE RELACIÓN CON OTRAS ASIGNATURAS

### CIENCIAS SOCIALES

#### Transporte y comunicación // Pasado y presente

1. ¿Qué medios de transporte se mencionan en la novela? Investíguen en qué consisten los siguientes: carretón, caballo, sopanda, carruaje y galera, y elaboren una infografía.
2. ¿Qué medios de comunicación utilizaban en la época de esta novela? Compárenlos con los medios de comunicación que usamos en la actualidad indicando ventajas y desventajas.
3. En la novela se mencionan oficios como lavanderas, aguateros, vendedores ambulantes. ¿Cuáles de estos existen hoy? ¿Cuáles y cómo fueron reemplazados?
4. El narrador de la novela hace alusión a las aguas cristalinas del Riachuelo. ¿Cómo están hoy las aguas del Riachuelo? ¿Por qué? Investíguen qué planes de saneamiento se llevaron a cabo y qué resultados tuvieron.

### HISTORIA

5. Elaboren una línea de tiempo desde 1806 hasta 1820 que contemple las acciones de Manuel Belgrano y otros sucesos del Virreinato del Río de la Plata y las Provincias Unidas del Río de la Plata durante ese período.



6. A lo largo de la novela aparecen personajes que refieren a personas relevantes de la historia argentina. En grupos, busquen información sobre Salvador Alberdi, Juan Martín de Pueyrredón y Cornelio Saavedra, y elaboren una exposición oral.

7. En la novela también son mencionados hombres españoles que se oponían a la independencia de los territorios sudamericanos de la corona española. Busquen información sobre Bernardo Luis de Velasco y Huidobro, Juan Pío de Tristán y Moscoso, y Santiago Antonio María de Liniers y Bremond, e indiquen qué rol desempeñó cada uno en este momento histórico.

8. En grupos, investiguen en qué consistieron las invasiones inglesas, y preparen una exposición oral. Pueden ayudarse con las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles son los motivos por los que los ingleses invaden el Virreinato del Río de la Plata?

- ¿Cuándo sucedieron? ¿Cuánto tiempo duraron?

- ¿Quién estaba al mando de los ingleses?

- ¿Quién era el Virrey en ese entonces y qué hizo durante la primera invasión inglesa? ¿Qué provocó esto en el pueblo? ¿Qué papel tiene Santiago Antonio María de Liniers durante y después de la invasión?

- ¿Cuándo y por qué se crea el Regimiento de Patricios? ¿Quién está a cargo de este regimiento?

- ¿De qué modo contribuyen estas invasiones en la emancipación del Virreinato del Río de la Plata?



**9.** Busquen información sobre qué fue el "éxodo jujeño". Compárenla con la información que proporciona la novela. ¿Hay coincidencia?

**10.** En la novela, se mencionan varias batallas y combates. Busquen información sobre los siguientes y elaboren un texto expositivo:  
Batalla de Paraguarí \* Batalla de Tacuarí \* Batalla de Tucumán \* Batalla de Salta \* Batalla de Vilcapugio \* Batalla de Ayohuma \* Combate de Campichuelo

### GEOGRAFÍA

**11.** Ubiquen en un mapa de América del Sur los siguientes ríos, mencionados a lo largo de la novela:  
Río de la Plata \* Paraná \* Uruguay \* Tacuarí \* Riachuelo

**12.** En la novela también se mencionan varias ciudades. Ubiquen en el mismo mapa las siguientes:  
Rosario \* Buenos Aires \* Ensenada \* Mercedes (Banda Oriental, actual Uruguay) \* Jujuy \* Potosí \* Colonia \* Montevideo \* Tucumán \* Córdoba \* Salta \* Paraguarí \* Asunción

**13.** Busquen información sobre los siguientes lugares, y ubíquenlos en un mapa de la ciudad de Buenos Aires.  
Plaza de la Victoria \* Recova \* Plaza de Toros \* Retiro

**14.** Muchas de las personas y batallas mencionadas a lo largo de la novela, les dan hoy nombre a calles, barrios y plazas. Indiquen cuáles están presentes en sus ciudades, y si es posible ubíquenlas en un mapa o plano.



# Índice

El autor y la obra .....	3
Biografía .....	4
La novela histórica .....	5
La obra .....	7
Prólogo .....	9
1. La primera invasión inglesa .....	13
2. La reconquista .....	17
3. La segunda invasión inglesa .....	19
4. Hacia la independencia .....	25
5. La expedición al Paraguay .....	31
6. La batalla de Paraguarí .....	35
7. La batalla de Tacuarí .....	43



8. La creación de la bandera .....	45
9. El Ejército del Norte .....	55
10. La batalla de Tucumán .....	63
11. La batalla de Salta .....	67
12. Vilcapugio y Ayohuma .....	73
13. Viaje a Europa .....	81
14. El Congreso de Tucumán .....	87
15. Otra vez con el Ejército del Norte .....	93
Epílogo .....	99
<b>Actividades</b> .....	101
Actividades para comprender la lectura .....	102
Actividades de producción de escritura .....	104
Actividades de relación con otras áreas .....	106



# El mejor amigo de Manuel

Hernán Galdames

Este perro ladra y muerde, y cuando ladra cuenta una historia que ya es Historia. *El mejor amigo de Manuel* nos muestra desde un original punto de vista cómo fueron los sucesos de la creación de la Bandera Nacional y las luchas por nuestra Independencia.

Cód. 46629

ISBN 978-950-01-2482-9



9 789500 124829 >



macmillan  
education



estrada  
Seguros, Educación, Tecnología